

pe II. No pongo en duda que existieran en él tales sentimientos en su juventud, y aun en la época en que escribía su famosa carta en Argel al secretario Mateo Vazquez llamado por la Princesa deboli «*perro moro*,» despues que vió lo errado de su política y de su celo religioso; desatendidas sus indicaciones sobre lo que debia intentarse en Africa, invertidos los tesoros de España en inútiles guerras en Flandes, en intrigas en Francia y en reliquias y en frailes en España, otro debió ser el sentimiento de un hombre sensato y superior hácia el fautor de tantos desastres.

Hoy admiten pertinaces opositores á mis comentarios, que el dardo de la crítica del *Quijote* viene á clavarse en el gobierno y en el hombre que queria abarcar hasta los más mínimos detalles de la administracion. El tono y médula del soneto al túmulo hasta para conocer lo que sentia del prudente atlante nuestro poeta, y mas si se agrega á esto, que Cervantes fue admirador y apasionado de don Juan de Austria y hubo de sospechar que quien ordenó la muerte de Juan de Escobedo y otras misteriosas de varios personajes, pudo muy bien alcanzar al vencedor de Lepanto desde el coro del Escorial.

Tambien es raro que otro obstinado, enemigo de la teoría del sentido oculto en el *Quijote*, diga que se contienen *varias* alusiones en este soneto, de mera apariencia fanfarrónica. Si en catorce lí-

neas las hay, ¿cuántas calcula que podría haber en el *Quijote*?

Lo que sí se ve á leguas es el concepto que nuestro autor habia acertadamente formado del pomposo monarca, pobre en medio de su grandeza y frio en medio de su religioso fervor. Hablándose de un católico creyente, se comprende que abandone todos los bienes y fausto de la tierra por gozar siquiera un instante de la gloriosa y real presencia del rey de los cielos, y este fue el deseo y la aspiracion universal de todos los amantes finos y perfectos devotos de Dios. Lo incomprensible es, que un alma poseedora ya del cielo quiera escabullirse y dejar aquella magnificencia y esplendor por gozar de la vista de una máquina de oropel y de hojarasca, lo que prueba que en su sentir gustaba mas Felipe de las apariencias que de la sustancia, de la vanidad pomposa y percedera, que de los bienes reales y eternos, y de la gerarquía y ceremonias mundanas con preferencia á las divinas cosas.

Talis homo fuit.

A mas de esto y del soneto que sabemos que compuso á la muerte del divino poeta, su amigo, don Fernando de Herrera, es de creer que compuso en Sevilla la novela intitulada *El Curioso impertinente*, y casi hay certidumbre de que allí escribió *La Tia Fingida*, *El Celoso Estremeño* y *Rincon-*

te y Cortaaillo, las cuales debieron correr en manuscrito con grande aplauso entre sus amigos, pues en 1606 incluyó el Licenciado Porras estas tres últimas, en la Miscelánea que formó para entrete-ner los ratos de ocio del Arzobispo Niño de Guevara en su palacio de Umbrete.

Seria imposible hacer referencia á todas las composiciones motivadas por sucesos como la canoniza-cion de un santo, la profesion de un sacerdote, certámenes poéticos, academias literarias, publica-cion de la obra de algun amigo, fallecimiento de un personaje, acontecimientos políticos, funciones, festejos públicos ó privados y que eran otros tantos compromisos ó estímulos para su inventiva y su imaginacion. Muchas de ellas se han perdido acaso irremisiblemente; otras se encuentran merced á diligencias exquisitas en códices manuscritos de archivos ó bibliotecas privadas, como lo fueron algunos de los originales de sus novelas. Ni aun de sus obras impresas puede darse noticia com-pleta cronológica, y si hay algo de cierto en este punto, se refiere solo á un corto número, pues aun se está por hacer un acabado inventario y cro-nología de las obras de Cervantes. A las que hoy se tienen por suyas, desconocidas, debia, por ejemplo, añadirse el original de que se tradujo la novela inglesa intitulada: *Aventuras y trabajos de los enamorados*, en cuyo prólogo se dice fue escri-ta en español por ese bizarro Miguel de Cervan-

tes, á quien, entre paréntesis, achaca el traductor la composicion del pícaro *Guzman de Alfarache*. Este error, natural en un extranjero, no quita que tradujese de una obra de Cervantes, y por el contrario muestra el gran crédito que le merecia. Tambien se le atribuyen una relacion admirable y un entremes de gran mérito, recientemente sacado á luz acerca de las cosas que pasaban en la cárcel de Sevilla, á donde por su mala ventura fué aprisionado, aunque por corto tiempo, de resultas de la quiebra que hizo el mercader Simon Freire, de Lima, por cuyo conducto habia librado á Madrid una cantidad de sus cobranzas. Faltó el principal, acudióse á los fiadores, y no pareciendo bastante ó hallándolos insolventes pagó Cervantes con su persona lo que no debia. Muy luego conoció el gobierno el atropello cometido, pues para que respondiese ó buscase nuevas garantías la primera condicion era dejarle en libertad. Así se hizo, despues de haberle vejado inútilmente; pero el génio es como la abeja industriosa que de todo saca con que fabricar su ambrosía. En aquel corto espacio estudió y nos describió de una manera gráfica la vida de los presos, el desórden de la cárcel, los manejos de los empleados, los abusos de la curia, y sobre todo las costumbres, fieros, lenguaje, prácticas, supersticiones, llantos y ceremonias de los jácaros ó valentones, especialmente en los casos en que la Audiencia dictaba pena capital contra uno de ellos.

Hay varias opiniones acerca del número de años á que se estendió la permanencia de Cervantes en Sevilla. Unos creen que desde 1599 hasta febrero de 1603, en que se le ve en Valladolid, estuvo en la Mancha; y que en ella fue puesto en la prision donde comenzó su inmortal *Quijote*. Que residiese algun tiempo en esta parte de España es indudable, segun lo da á entender el conocimiento que tenia de sus usos, costumbres, antigüedades y cosas particulares que nos refiere y describe, asi de la cueva de Montesinos como de las lagunas de Ruidera, curso del Guadiana é itinerario que siguió Don Quijote. Pero la causa de su ida y el motivo de su prision es muy vária segun cada biógrafo para que demos mucho crédito á ninguno de ellos. Unos dicen que fue comisionado para ejecutar á los vecinos de Argamasilla por el pago de los diezmos á la dignidad del Priorato de San Juan, y que por esto le atropellaron y pusieron en la cárcel. Otros afirman, que destinó y empleó las aguas del Guadiana en servicio de la fábrica de salitres y pólvora de Argamasilla con perjuicio de los vecinos, quienes por esto le persiguieron. Otros, que la causa de su prision fue la antipatía ó enemistad de un hidalgo llamado don Rodrigo de Pacheco, á quien suponen como el original de Don Quijote: y otros, que su prision no tuvo lugar en Argamasilla, sino en el Toboso y que el motivo fue un chiste picante dirigido á una mujer.

El autor del artículo «Cervantes» en el gran Diccionario de Laurossé afirma, que encargado por uno de sus protectores de cierto negocio en Argamasilla, fue reducido á prision por el Alcalde de resultas de negarse é tratar con él, y como si esto no fuera bastante, refiere haber sufrido anteriormente otro encarcelamiento por una serenata que terminó á cuchilladas. Señálase también la casa de Medrano como el lugar que le irvió de cárcel, y aun si cita el principio de una carta que, en su estado miserable, dirigió á un tío suyo llamado don Bernabé de Saavedra, que habitaba en Alcázar de San Juan. Todas estas son suposiciones cuyo único mérito consiste en destruirse las unas á las otras sin necesidad de emplear trabajo en refutarlas.

Estas tradiciones muestran el conflicto y confusión que en muchos casos deben haber resultado de existir otro Miguel Cervantes Saavedra en Alcázar de Juan, nacido once años después que el manco de Lepanto, con la particularidad que el uno se distingue por sus escritos y el otro por sus débitos; y el uno por su hidalguía y el otro por sus fechorías.

Lo que sabemos positivamente es que en 8 de febrero de 1603 estaba Cervantes en Valladolid reunido con su familia, y que allí acabó de dar sus cuentas y dejó el servicio de las comisiones del gobierno, ocupándose en las que podía agenciar de personas particulares de alta posición, quie-

nes ya que no el talento, empleaban la actividad de Cervantes y hallaban en su penetracion, viveza y conocimiento de la curia las cualidades necesarias para el mas pronto y mejor despacho de sus negocios. Es notable, en efecto, la instruccion que tuvo de términos y fórmulas forenses, con tanta profusion y tan oportunamente aplicadas en diversos pasajes de sus obras, asi como de las prácticas de los jueces, escribanos, procuradores y demás ministros de justicia, cuyos abusos pintó con no menor acierto y gracia que el festivo Quevedo.

Esto hizo decir al citado articulista que nuestro escritor habia utilizado desde 1588 á 1593 los conocimientos en jurisprudencia que habia adquirido en *varias universidades*.

CAPITULO XIV.

El Quijote.—Opiniones sobre los causas y época de su generacion.—Elementos subjetivos ó personales.—Espíritu cervántico.—Probablemente fue escrito en Sevilla.—Cervantes y el duque de Lerma. Dedicatoria del *Quijote*.

En estas ocupaciones alternaba con el trabajo de la obra que habia de admirar al universo y para la cual se resignó á pasar cerca de veinte años durmiendo *en el silencio del olvido*. Con razon puedo emplear esta imágen en el prólogo de su *Quijote*. Desde 1585 hasta 1605, ¿qué habia sido este período para Cervantes? Un verdadero sueño en que le envolvió el furioso vaiven de su adversidad, y en el cual solo la conciencia de su valer, solo la entereza de su magnánimo carácter le sostuvo. Durante este período, permaneció mudo, como olvidado. Sus producciones no fatigaron más á las prensas: España no supo si el genio autor de la *Galatea*, si el poeta autor de la *Numancia* habia desaparecido entre el incontrastable huracan de sus infortunios. Pero Cervantes vivia aun, y de

seno del hondo piélago de su desventura, salia á la orilla y renacia á la vida pública del aplauso y de la gloria, y tras una tan larga ausencia volvia á la córte, pobre, mas pobre que salió, en bienes de fortuna; pero rico cual ninguno, porque traia en sus manos un libro, una protesta del genio, una amarga sátira en una sonrisa, la deuda en fin con que debia pagar á la humanidad las altas dotes que le concedió naturaleza, porque los escogidos por la providencia para maestros del género humano, sobrenadan en todas las borrascas y salen libres de todos los escollos hasta que depositan su precioso grano de arena, la dádiva de su inteligencia en el tesoro que van acumulando los siglos.

Con mucha oportunidad hizo Cervantes esta indicacion significativa, dando á entender que las grandes obras, aun en los grandes génios, requieren meditacion, concentracion, reposo y gestacion dilatada. No quiero decir esto, en oposicion á la creencia, en mi concepto inadmisibile, de que el *Quijote* fue producto de súbita inspiracion en la cárcel de la Mancha, ni de que gastase veinte años en escribir la primera parte del *Quijote*. Nada menos que eso. Lo que quiere decir, es que el pensamiento está muy depurado, meditado, entendido, comentado, asido, en una palabra, *hecho carne* en Cervantes. Quiere decir, que no fué producto exclusivo de la virtud propia de la imagi-

nacion y del poder del ingenio en su cualidad de inventores, sino que era como *fatal* en la índole suya y en la posicion y circunstancias en que se encontraba: que habia predisposicion en él, la cual le inclinaba y empujaba á la concepcion del pensamiento desarrollado en su inimitable poema. Por eso fue tan único, por eso vemos en la obra, tras del personaje ficticio, al personaje verdadero, y cuando un genio realmente prodigioso se estudia, se toma por modelo, hace por decirlo así la anatomía de su corazon, la biografía de su cerebro y la fisiología de sus pasiones, no puede menos de producir obras eternas, inmortales, inimitables.

Por esto el *Quijote*, á quien se llama *libro de caballería*, á quien califica Salvá de un *poema mas* del género caballeresco, y que en resumen no es otra cosa por la estructura exterior, sobrepuja, excede, eclipsa, obscurece y anonada las demas producciones de su pluma. Se hallará en todas estas gracia, relieve, estilo, facilidad, invencion, fecundidad, todas las dotes y méritos que en este escritor se reconocen; pero el *espíritu cervántico* solo se halla en el *Quijote* en toda su plenitud y en la verdadera y característica expresion de su fisonomía. Pintar las aspiraciones generosas de un ánimo esforzado y un corazon escelente, el entusiasmo por todo lo heróico, bello y sublime, y representar un naufragio á cada paso, una caida á cada supremo esfuerzo, la lucha, en fin,

del alma humana con los obstáculos que le ofrecen el mal, las pasiones y los intereses del mundo, es un gran tema, es el gran argumento humano y el que han explotado todos los grandes génios, Esta es la lucha sublime, la escuela de los héroes, el gran drama social. Este es el argumento que la humanidad presenta de continuo á la consideracion del poeta y del artista. Pero pintar esto mismo invirtiendo el órden y los términos, la razon y la proporcion que debe existir entre el impulso y el obstáculo, entre el objeto y los medios, ha sido obra solo de Cervantes; en esto consiste su admirable originalidad: este es el elemento subjetivo, el *espíritu cervántico*, el prisma individual con que está considerado el gran argumento de la vida humana. ¿Y porqué? ¿Proviene la especialidad de esta óptica de frivolidad, ligereza ó malignidad de índole en el autor? ¿Era el genio de Cervantes tan cáustico, tan burlador y travieso que no pudiese mirar con seriedad el drama más sério de la vida humana? Asi lo han creido los que propagaron el juicio torpísimo de que Cervantes habia herido con lo acerado de su sátira cuanto era noble, desinteresado, caballeroso y sublime, haciendo en Sancho la apoteosis del egoismo; no considerando la seriedad y buena fé con que está escrito el poema cómico, la donosa sátira del *Quijote*, que no es más que la exposicion de ese mismo elevado argumento, segun que se representó

realmente en la vida del autor. Él habia nacido para mejor destino, tenia un *espíritu fantástico* que le llevaba á grandes cosas, sus aspiraciones traspasaban los ordinarios límites; sus dotes, su temperamento, su energía y fuerza de voluntad requerian anchas esferas de desenvolvimiento, grandes empresas, proyectos atrevidos, obstáculos graves que vencer, fuerzas colosales que destruir; y sin embargo su adversa estrella le conmueve, le sacude, le saca de su elemento y le condena á luchar con miserables entorpecimientos, con intrigas mezquinas, con enemigos á quienes no puede ver la cara, y semeja la historia de su adversidad á un gigante maniatado, á quien molestan y rinden multitud de cínifes, un héroe valeroso condenado á montar en rocinante flaco, que le derumba á la primer caída, y en vez de luchar entre guerreros y caballeros, la suerte le lleva á luchar con arrieros y yangüeses, con gente soez y baja. Esta es la realidad de la vida de Cervantes, este fue su lote, esta fue la forma y el carácter que la adversidad dió á su papel en el gran argumento humano, y que no hizo mas que transplantar á su poema, y este es el *espíritu cervántico*, el gran misterio y secreto que levanta al *Quijote*, obra *sentida* antes de ser *escrita*, Desde el momento en que termina la época de accion, de iniciativa, de aspiraciones, de proyectos, de ambicion y de esperanzas de Cervantes; desde el momento en que su

vuelta á España sujeta con pesada losa y fuertes cadenas la incesante movilidad de su espíritu aventurero y emprendedor, y de la altura de héroe descendiendo al nivel de esforzado galeote, que arrastra á su pesar el grillo que mata su libertad de acción y movimiento: desde este instante comienza á elaborarse la atmósfera y á depositarse en él los elementos, las semillas que habian de producir su gran creación del *Quijote*. Por esto he afirmado que el *Quijote* fue pensamiento de toda su vida: en lo formal y serio de las ilusiones del caballero, porque son los anales de su infancia y de su juventud; en lo cómico y burlesco de sus caídas y desventuras, porque son los anales del resto de su penosa existencia. ¡Cuántas veces, viendo el prosaísmo de la vida, no llamaria locura aquel su antiguo entusiasmo, aquellas ilusiones que le hacian creer bastaba un buen pensamiento para esperar y fiar en su ejecución! Y tantas esperanzas defraudadas, y tantas empresas destruidas, y tantos proyectos frustrados y tantos nobles deseos estorbados, y tantos golpes de la adversa suerte, ¿no eran capaces de haber inspirado en Cervantes la idea de un *Quijote*? Esta es la única espontaneidad que admito en el poema: Cervantes nos ha revelado su procedencia y cómo se hacen *difícilmente* obras fáciles: ¿á qué buscar inspiración repentina, soplo de las musas, pueriles venganzas, ó siquiera sea resentimiento contra los pobres manchegos, ni don

Rodrigo Pacheco, ni Aldonza Nogales? ¿Hasta cuando hemos de seguir miopes abultando niñerías impropias de la verdadera é ilustrada crítica?

Sin embargo, esta opinion que he sostenido, no halla tantos obstáculos como pudiera creerse, despues que se ha sacado á plaza la genealogía de los Pachecos y de los Zarco de Morales, la tabla votiva, y otros tantos descubrimientos Argamasillcos.

En recientes trabajos de ilustrados críticos se consigna ya la afirmacion de que Cervantes escribia el *Quijote* por los años de 1592, que equivale á echar abajo todo lo que se ha construido sobre la causa y movil que inspiró al autor esta produccion en la cárcel de la Mancha. De 1592 á 1605 van trece años. ¿Cómo conciliar esto con lo de engendrado en una cárcel, si en 1592 ni mucho despues no habia sido encarcelado Cervantes en Argamasilla? No ha mucho se ha hallado en el texto un modo ingenioso de probar que, en efecto, Cervantes escribia el *Quijote* en Sevilla, y es donde algunos aconsejaban á este se *viniese* con ellos á dicha capital. El empleo del verbo *venir* en vez de *ir*, entienden que es modo en que influye la localidad en que el autor escribia, y que siendo esta la Mancha, habia escrito *se fuese*, y no *se viniese*.

Por lo demás, pareceme haber mostrado hasta la evidencia, que la frase de «bien como quien se

engendró en una cárcel,» está usada en sentido figurado (1).

Hay por añadidura dos citas notables del *Quijote* como nombre de personaje de novela ya famoso, antes de que el libro se imprimiese por Juan de la Cuesta. Le citan Lope de Vega en una carta, y Andrés Perez en su libro de «*La pícaro Justina.*» ¿Cómo se concierta esto con haberle escrito en la casa de Medrano ó prision de Argamasilla, cuando cada dia se va estrechando mas el período desde su salida de Sevilla y llegada á la córte, y cuando el encarcelamiento en la Mancha va perdiendo fe y crédito ante la crítica? ¿Qué fama pudo adquirir el *Quijote non-nato* á no ser sino hecho y dado á conocer por largo tiempo en un gran centro de poblacion? (2).

Se ha propalado la especie de que á la llegada de Cervantes á la córte, donde ya gobernaba el fastuoso valido duque de Lerma, aun trató de recordar sus antiguos servicios, esperanzado de que alguna vez se reconociesen. La ocasion no era la mas oportuna, pues como manifiesta un escritor de aquella época, andaban arrinconados y sin premio tantos y tantos famosos capitanes que habian servido al Rey toda su vida y tenian sus cuerpos

(1) «La cárcel mitológica de Argamasilla,» artículo publicado en 1877 en la *Revista Contemporánea*.

(2) Esta materia se halla dilucidada en mi opúsculo titulado: «*El Mensaje de Merlín.*»

acribillados de heridas, y se daban los oficios y empleos á imberbes y muelles cortesanos que nunca habian salido de pisar alfombras. Mas no es menester acudir á testimonio ni crítica de otros, cuando el mismo interesado, á cada página del *Quijote*, hace ver el superior valor de los andantes caballeros, esto es, de los que llevaban el peso de las armas y sufrían trabajos acometiendo peligros y exponiendo sus cuerpos al frío, al calor, á las lluvias, á los vientos y sufriendo sed y hambre por los caminos, sobre los caballeros cortesanos, criados en la molicié de los salones y de los damascos y blandas sedas, y cómo los unos estaban olvidados y llenos de mercedes los otros. Además de esto, y de hácer despertar á su héroe clamando que los *caballeros cortesanos se llevaban lo mejor del torneo*, ya espone en otra parte en tono irónico, como el gobierno de S. M. trataba de proveer para que se socorriesen *los soldados viejos y estropeados en servicio de la pátria*. Con tales antecedentes y tales ideas y las que siempre profesó Cervantes acerca de las córtés y de los favoritos que en ellas mandan, apoyados en la adulacion y en la intriga, difícil se nos hace creer, que el viejo soldado de Lepanto pretendiese acercarse al privado para recibir nuevo desengaño como se supone que recibió. No obstante, bien pudo ser que lo sufriese. No mejor suerte tuvo Samuel Butler, el autor de *Hudibras*, ó *Quijote inglés*, con el no menos fas-

tuoso valido de la córte inglesa el duque de Buckingham, el cual viendo pasar por uno de los salones á dos damiselas, cuando el insigne poeta le hablaba, corrió á unirse con ellas dejándole con la palabra en los labios. Como estos casos, se han repetido y repetiran siempre, pues segun el mismo Cervantes dice, no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones de una misma manera, y siempre se hallará la necedad en los que se levantan sobre los hombros de la fortuna y no del verdadero mérito. El tiempo trascurrido, la mudanza de gobierno, la ausencia dilatada de la córte, que enfria y acababa con las apariencias de amistad que en ella se contraen, por aquello de:

«Lejos de la vista,
Lejos de la lista.»

eran tambien consideraciones que no se ocultaban á Cervantes para que pensase en fiar su porvenir á otra cosa que al producto de su trabajo. Así es, que vemos acelerar la publicacion del *Quijote*, que ya en 1604 estaba censurado y *licenciado* para darse á luz.

Escogió nuestro autor por patrono de su obra al Duque de Béjar, y ciertamente que en esta, que nos parece, eleccion, hubo algun misterio que hoy no alcanzamos á comprender. Don Vicente de los Rios, biógrafo de Cervantes, (de la Academia), dice que este magnate no quiso admitir la dedica-

toria que se le hacia, imaginándose que seria algun libro de los muchos con que los autores importunaban á los poderosos, llenos de vana lectura; que Cervantes instó, proponiendo que examinase ú oyese leer algun capítulo de la historia, y que reunidos varios amigos en la casa del Duque, fue leído el primer capítulo y gustó tanto, que no se levantaron, hasta haber oido todos los que contiene, entre aplausos y enhorabuenas. ¿Puede darse anécdota mas propia para amenizar un folletin de nuestros dias? El académico biógrafo no cita otra fuente de esta noticia sino la tradicion, y las tradiciones en que se apoyó este escritor con demasiada confianza, han ido sucesivamente perdiendo el crédito. Cuando se observa que Cervantes busca otro Mecenaz, no ya para la segunda parte del *Quijote*, sino para las obras que en el intermedio dió á luz; cuando se nota el silencio que guardó siempre acerca de este Duque, no siendo nada desagradecido, despues de las exageradas alabanzas en que le compara á un Alejandro Magno; y principalmente cuando se advierte que poco mas de una docena de líneas que la dedicatoria contiene, están tomadas al pie de la letra de la que lleva la edicion de las obras de Garcilaso al Marqués de Ayamonte, y de otras dedicatorias de aquel tiempo, no puede uno menos de sospechar algun incidente extraordinario en estas relaciones semi-oficiales entre Cervantes y el Duque de Béjar. ¿Cuál fue el

intento del autor al dedicarle la obra? Sin duda en aquellos tiempos se juzgaba necesario el nombre de una persona de posición y categoría reconocidas que pusiese al abrigo á los autores, de los tiros de los maldicientes; pero lo principal era la autoridad que daba y el prestigio de que los revestía, para que sus obras fuesen buscadas, compradas y leídas por el público, pues siempre ha habido y habrá que luchar con estas preocupaciones de la mayoría de él, que cree en la bondad de un libro si va patrocinado por monarcas ó personas poderosas. Había más, es que entonces como ahora, podían los autores vender la propiedad de sus obras á un librero ó impresor ó imprimirlas ellos por su cuenta, y en este caso, los hombres, que sobre no ser favorecidos por la fortuna, habían gastado años en su trabajo, le dedicaban á los opulentos y poderosos, á fin de que reconocidos á tal distincion les ayudasen á sufragar ó sufragasen los gastos de la publicación, sin perjuicio de las mercedes á que les inclinara su liberalidad.

En la posición de Cervantes, esto es lo que realmente necesitaba para su libro, por el cual, ni podía temer que se hundiese en el olvido, ni los tiros de los zóilos. Navarrete, al hablar de esto, dice equivocadamente que, «la idea que tuvo Cervantes en esta elección de patrono, no fue tanto procurar los medios de publicar su obra, cuanto el conocimiento que tenía de su naturaleza y ca-

rácter, porque anunciando su título las aventuras de un caballero andante, temia, con harto fundamento, fuese desestimada por solo esto de las personas serias é instruidas, y poco apreciada del vulgo, que no encontraria en ella los portentosos sucesos á que estaba acostumbrado en los demás libros caballerescos, ni podia penetrar la delicadeza y fina sátira que en éste se contenia; lo que no era de temer llevando á su frente la recomendacion del nombre de un personaje tan ilustre y respetable que, segun otro escritor coetáneo, merecia ser el Mecenas de su edad y el Augusto de su siglo.» Aparte este trozo final, contra el que protesta el universo en nombre de Cervantes, este pasaje se resiente del sistemático eclecticismo de Navarrete, quien por no desperdiciar el argumento de la tradicion expuesta por Rios, hilvana aquí una porcion de contradicciones y forma un confuso laberinto de ideas. En primer lugar, es asercion destituida de fundamento, decir que el título del *Quijote* anunciaba las aventuras de un caballero andante. Bien pudiera ser esto en la época en que se adulteró por los editores con ánimo de llamar la atencion del vulgo, poniendo *Vida y hechos de Don Quijote de la Mancha*, cosa que no pasó por las mientes de Cervantes. Este escribió sencillamente: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,» título que no indica que en la obra hayan de relatarse caballerescas em-

presas, puesto que el calificativo de *ingenioso* no era el propio de un caballero andante á quien cuadran los de intrépido, valeroso, invencible ú otro parecido, y mucho menos cuando la voz *ingenioso*, se aplicaba por lo general á los escritores y poetas: de suerte que, el título del poema, lejos de revelar las aventuras de un caballero andante, indicaria mas bien que se trataba de un hidalgo dado á las letras y á la poesía. Por otro lado, ¿cómo concilia Navarrete que las personas *sérias é instruidas* desestimasen el libro sin dignarse leerlo, y que el vulgo habia de despreciarlo, después de leído? Esto es hacer á los hombres ilustrados de peor condicion que el vulgo ignorante.

Convengamos en que el autor, persuadido y convencido de la bondad y de la alteza de su producción, no necesitaba de recomendaciones, de las cuales se burló con su natural donaire, sino de un hombre que, en recompensa de la inmortalidad que le daba, en el hecho de poner su nombre al frente de su obra inmortal, le ayudase á sacarla al público y le atendiese con otras mercedes en cambio de tan alto obsequio, pues cierto que hoy se acordarian pocos del duque de Béjar, á no haber sido por Cervantes; tal es la virtud de los genios y su superioridad sobre los grandes de la tierra. Dícese tambien, y esto tiene más visos de certeza, que tanto la casa del duque como el mismo magnate, estaban gobernados por un humilde religioso, tal

vez dominico, no muy afecto á Cervantes. Algunos han llegado á nombrar á un literato muy conocido, y otros indican el nombre del fingido Avellaneda como el intruso siervo de Dios que llevaba de la oreja al duque y le malquistó con Cervantes, hasta el punto de mirarle con indiferencia y dejarle abandonado en su estrechez; ó lo que acaso es posible, á retraerle de aceptar la dedicatoria despues que se hallaba comprometido. No da lugar á otro discurso la extraña circunstancia de haber Cervantes encajado por dedicatoria un hilvan de otras que andaban en manos de todos en aquellos momentos, como si él no tuviese ingenio para hacerla. En este caso, este documento, que tan buena acogida halló de parte del citado marqués, seria una fina ironía, y un dardo contra el duque, puesto en el *Quijote*.

CAPITULO XV.

Escudo de la primera edicion.—Anécdota referente á ciertas sátiras del poema.—Opinion de Clemencin.—*El Buscapié*.—Increíble acogida de este manifiesto-contrabando.

Para la impresion y publicacion de su libro, debió Cervantes trasladarse á Madrid, en donde se concertó con Juan de la Cuesta; y hacemos aquí mencion de esto, aunque no haya dato seguro para afirmarlo, por la circunstancia del escudo que apareció de este impresor en la portada del *Quijote*. Como las ediciones primitivas se han hecho muy raras, y como se creyó que este libro era de mero pasatiempo, no se ha fijado la atencion en cierta correspondencia que existe entre la idea de Cervantes y los símbolos ó figuras de la divisa tipográfica, que bien puede considerarse bajo un aspecto como el escudo de Don Quijote ó empresa del hidalgo andante. Para mayor inteligencia é ilustracion de este punto, hemos juzgado conveniente reproducir aquí la mencionada divisa, desconocida á los lectores del *Quijote*. Véase en ella

que la letra ó el mote *post tenebras spero lucem*, es la misma que el hidalgo menciona al fin de la segunda parte, aludiendo á su amada luz Dulcinea. Representase en el centro del óvalo una manopla que parece salir de una nube y sobre la cual posa un halcon encapirotado, que puede ser tambien un ave parlera, atada por el cuello y vendados los ojos. De la manopla pende una estola, cuyos remates caen sobre el leon, símbolo del pueblo español, con la diferencia de que no está en actitud *rampante* sino *bostezante*, echado en el suelo y como adormecido. Finalmente, en la parte superior de la orla se representa de nuevo su cabeza, puesta en una telera y prensada por el husillo. Todas estas figuras son emblemáticas y alegóricas, y puestas allí no sin misterio. No es este el lugar de explicar la significacion del escudo, pero desde luego habrá adivinado el lector discreto, que en su totalidad es una alegoría del estado del pueblo español en aquella época. Lo que sí conviene, es dar una idea del origen de este artificio emblemático.

Sábese que desde la invencion de la imprenta comenzaron los impresores á usar de divisas particulares, no extrañas en su significado al movimiento intelectual de los pueblos. El mismo Juan de la Cuesta, á imitacion de otros, tenia tantas divisas ó escudos cuantas eran las materias ó ramo de conocimientos ó clase de tratado que con-

tenian los libros. La del *Quijote*, etre otros, la habia usado en Venecia el impresor Eneas Alaris. Pero de la divisa de Alaris á la de Cuesta, hay una gran diferencia. La de este último aparece localizada, españolizada, y las variantes forman un gran argumento en que el autor se vale de hieroglíficos en vez de palabras. Cervantes ahijó y adjudicó este escudo á su héroe, mencionándolo ingeniosamente en los versos que componen la hieroglífica literaria del *Quijote*.

* No indiscretos hieroglíficos—
Estampes en el escu— »

Observaciones son estas que por ahora no queremos que pasen de curiosas, y como tales nos recuerdan otra curiosidad literaria. Es una anécdota que ha corrido, tal vez sin crédito, desde principios del siglo XVII hasta nuestros dias, parte por tradicion y parte por escrito; y parece muy extraño que nuestros biógrafos, tan aficionados á tradiciones, no la hayan mencionado para amenizar sus trabajos. Dícese, que un embajador francés, ó unos caballeros agregados á la embajada francesa, elogiando el mérito del *Quijote* y la reprehension de ciertos abusos, que en él ingeniosamente introdujo, delante y en presencia de Cervantes, respondió éste, entre otras cosas, que más hubiera dicho y más explícito hubiera sido, á no tener enfrente á la inquisicion.

En otra época, se hubiera escuchado esta anécdota con aire de completa incredulidad, aunque bien considerada, parece como apéndice ó consecuencia de la que nos refiere el licenciado marqués de Torres en su aprobacion de la segunda parte del *Quijote*, y los personajes debieron ser los mismos. En efecto, es muy lógico que las personas que tanto elogiaron á Cervantes y se interesaron por su suerte, tratasen de conocerle personalmente y que la materia de la conversacion recayese sobre el *Quijote*, y que en el seno de la confianza manifestase Cervantes que el temor al Santo oficio le habia estorbado ir mas allá en su festiva crítica. A pesar de todo esto, y de que la respuesta de Cervantes á los caballeros franceses está en otros términos consignada en las décimas de la *Desconocida*, cuando dice:

«Que suelen en caperu—
Darles á los que grace—»

repetimos que esta anécdota tan verosímil, se hubiera escuchado con aire de incredulidad, sospechándola nacida *muy á orillas del Támesis*. Se hubiera oído como escuchó don Diego Clemencin la pregunta de un extranjero (del Támesis también), que deseaba saber de él, como anotador y comentar, si Cervantes habia querido ridiculizar algunas prácticas inquisitoriales en la aventura de *Altisidora*. Respondió don Diego, medio escanda-

lizado y poniéndose las manos en la cabeza: que «de ningún modo, que Cervantes era hombre muy piadoso,» como si la piedad del hombre ilustrado hubiese de ser cómplice de todos los abusos y alcahuete de todas las iniquidades. Por fortuna el señor Clenencin no leyó los curiosos apuntes del ilustrísimo señor don Adolfo de Castro, el cual, en letra de molde, ha manifestado, que todo aquello de la fingida muerte de la doncella y de los jueces del infierno, y las corazas y el sambenito que colgaron á Sancho y las mamonas, alfilerazos y pellizcos de las dueñas, es una graciosa parodia y burla de la inquisición.

Hemos mencionado el nombre de este crítico en tiempo y lugar los más oportunos, porque en el orden de este trabajo corresponde hablar ahora del *Buscapié*. ¿Y qué es el *Buscapié*? preguntarán los que no tienen obligación de saber que hay contrabando en literatura lo mismo que en el comercio, y que se fabrican libros á hurtadillas, y se les puede poner por *etiquette* un nombre, ni más ni menos que hay quien fabrica píldoras y les encaja el famoso nombre de *Holloway*. Pues bien, sepan nuestros lectores, que cuando Juan de la Cuesta publicó el *Quijote* á principios de 1605, la demanda que tuvo de ejemplares fue tal, que cuatro meses después salía de sus prensas una edición nueva. Juzguen de la aceptación que halló la obra de Cervantes por este solo hecho, sin considerar que á

más de esto vendió el autor el privilegio á otros editores y salieron en el discurso de un año cuatro ediciones en diversas partes de la Península. Pero, ¿quién mejor juez que el mismo autor? Cervantes tuvo la satisfaccion de ver que su libro era arrebatado de mano en mano, y que se traducía en extrañas lenguas y se publicaba á toda prisa para contentar la ansiedad del público.

Esto no obstante, apareció en el siglo pasado un librito impreso, llamado el *Buscapié*; escrito para llamar la atención hácia el espíritu y la intención del *Quijote* por su mismo autor Cervantes. Quiere decir, que Cervantes que habia escogido un ingenioso procedimiento para ocultar ó velar lo que no podia ni le convenia manifestar claramente, variaba de improviso de opinion, y ponía en ascuas al público. Lástima grande que este librito fue como un cometa ó meteoro: esto és, que apareció de súbito, estuvo unos momentos en las manos de don Antonio Ruidiaz, tan breves, que ni halló tiempo para anotar la fecha ni la oficina donde se imprimió, y acto continuo desapareció para *in eternum*, sin que nunca más se haya sabido de su paradero ni el de sus colegas, pues es claro que no debió de imprimirse un solo ejemplar.

Así las cosas, vino don Vicente de los Rios, declarando: que el *Quijote* fué recibido por el público con frialdad é indiferencia: en una palabra, que Cervantes y Cuesta, autor y editor, hicieron mal

negocio con la publicacion del *Quijote*; y viendo esto Cervantes, imaginó salir bajo el velo del anónimo con un opúsculo, especie de *echadizo* ó *coquete* para llamar la atencion sobre el *Quijote*, ni mas ni menos que se hace hoy dia para llamar la atencion sobre aquello que se quiere, porque el público es un ente faciliton á quien se lleva por un cabello acá y allá. Resultado: que el público cambió de conducta. Lo que era frialdad se convirtió en fuego, y lo que indiferencia en entusiasmo. Todos, *tons le monde*, dice Florian, leyeron este opúsculo y por consecuencia entró en deseos de leer el *Quijote*:

Tal es la historia antigua del antiguo *Buscapié*. Pero como los buenos argumentos no se dejan ahí como quiera de la mano, sino que se tratan y esplotan repetidas veces por los hombres de ingenio, la historia del *Buscapié* se ha reproducido bajo nuevas formas y con mejor fortuna. El Colon descubridor ha sido el señor don Adolfo de Castro, y el nuevo Conde de Saceda, el abogado don Pascual de la Gándara que lo tenia en su biblioteca de la Isla de San Fernando. No apareció impreso, sino manuscrito, pero sin faltarle adminículo. El título en toda su longura, y en el mejor estado de conservacion las aprobaciones y notas y aun el nombre del que fue su dueño, tal de Zatieco de Molina. Fue dado á conocer al público con una larga serie de notas eruditas que forman más volúmen que el

testo seis veces repetido. Alcanzó gran reputación y crédito entre los literatos. Fue traducido en inglés por Miss Thomassina Ross, y un bachiller Cambridgense. Lo impugnó Monsieur Landrin en un folletín de *La Presse* como apócrifo. Cantó después este crítico la palinodia, y lo acogió como hijo legítimo de Cervantes, mientras que en España le combatían Gallardo y el bachiller Bovaina. Se ha reimpresso varias veces, y cada vez han ido creciendo las notas como un zungo y al fin y al cabo... no lo hayas lector á enojo: el *Buscapié* es un riachuelo de tan poco fondo como grande es el ruido que ha hecho en España, sin que nadie se haya atrevido á probar que está escrito por el dicho señor don Adolfo de Castro, cosa tan fácil como ser hoy literato.

Esta es la historia moderna del moderno *donoso librillo*: (así le llama su moderno autor,) aunque el donaire no está en el librillo sino en haberlo hecho pasar por de Cervantes.

CAPITULO XVI.

Objeto del *Quijote*.—Maravillosa sencillez de sus elementos.—Interés suscitado en Europa por su su lectura.—El alma del hidalgo.—Alteza del plan propuesto en el *Quijote*.—La locura y el buen sentido.—Elogios de extranjeros.

Salió, pues, á luz el *Quijote*, en 1605, sin cohetes ni hechadizos, y no obstante que Lope de Vega en 1604 hablaba de este poema con menosprecio, lo que probaba no su falta de buen juicio y de talento, sino su sobra de celos del valor de Cervantes, fue tan bien recibido, que, como dice en la segunda parte, llevaba camino de llegar á treinta mil el número de ejemplares impresos. La naturaleza de este trabajo no permite entrar en juicio en la delicada cuestion de su objeto y de su espíritu. Se dirá solamente en cuanto á este último punto, que en el diálogo del canónigo con el cura, bien muestra el autor la excelencia del sugeto en los libros caballerescos y que en el escrutinio de los libros de *Don Quijote* no condena al fuego aquellos poemas por su género, sino por

su mala ejecución. La respuesta que vulgarmente se opone á esto es, que el autor declara que *no fue otro su objeto*, sino desterrar la lectura de los libros de caballeria; pero preguntamos: ¿por qué sospechó Cervantes que se habia de sospechar *otro objeto*? La locucion *no ha sido otro mi objeto*, casi está indicando que quiere llamar la atencion á *ese otro*, por si alguno no hubiese pensado en él. Además de que el destierro de los libros caballerescos bien pudo estar en su ánimo sin pensar en ridiculizar el asunto, pues un libro bueno claro es que tenia que poner en olvido á la caterva de libros malos, que ya iban *tropezando y cayendo*. Sobre todo, no era Cervantes tan mal pintor, que al hacer un cuadro tuviese necesidad de poner debajo, por tres veces nada menos, lo que era la pintura, ó mejor dicho, lo que se habia propuesto pintar; y cuando dos veces cita el ejemplo de Orbaneja y una de ellas, al hablar de su mismo *Quijote*, no es probable que hubiera caido en la misma ridiculez, sino que hablaba de él y le citaba sin temor de echarse tierra encima.

¿Quién podrá ponderar el mérito y llegar ahora al término de la alabanza que pide la grandeza de esta produccion, verdadera fábrica y monumento que descuella en la española literatura, de suyo rica y magestuosa? Las hipérboles y los mayores extremos de elogios dejan de serlo, cuando se aplican á este prodigio del arte humano llama-

do el *Quijote*. Un soldado inválido, un ingenio lego sueña un pobre hidalgo de un mísero lugar de la Mancha. Le arma de una visera de papelon, de una lanza y escudo tomados de orin y llenos de moho, le sube sobre un rocin flaco, le hace seguir de un rústico sin sal en la mollera, caballero sobre un rucio, y le pone en el campo de Montiel en la madrugada de un dia caluroso del mes de julio, para que marche á la ventura, á donde quiera su caballo, sueltas las riendas y dueño de su voluntad. Va en busca de aventuras, y sus aventuras son dormir á cortinas verdes ó en fementidos lechos de ventas en despoblado, topar con arrieros, pelear con yangüeses por culpa de Rocinante, medir la tierra con su cuerpo á cada instante, pasar hambre y sed, sufrir calor y frio, ser apedreado por galeotes, apuñeado por cuadrilleros y cabreros, colgado por damiselas, enjaulado por sus vecinos, y derribado, en fin, por bachilleres ó amigos disfrazados. Ama á una aldeana á quien nunca ve, sueña imperios y batallas y palmas y laureles y sin embargo, muere pobre y melancólico en el lecho de su casa de la aldea. Esta es la historia, ni más ni menos.

Esta es la invencion del manco de Lepanto, en la apariencia, en lo visible. Habia un gran diluvio de libros caballerescos, dicen los eruditos y Cervantes hizo una parodia del famoso entre los famosos Amadis de Gaula. ¿Y qué tiene que ver el

mundo, qué tiene que ver la humanidad con parodias de Amadises? Los libros caballerescos dicen otros eran abortos de escritores que no sabian lo que es arte, ni en qué consiste la belleza. ¿Y qué tienen que ver los sabios de todas las naciones con que en España se escribiesen esas monstruosidades? Cervantes, dicen esotros, dirigió una invectiva contra los aficionados á esta lectura vana y perniciosa. ¿Y qué tenemos que ver hoy nosotros con esos mal entretenidos?

Sin embargo, desde que apareció el libro del *Quijote* comenzó á estender su imperio en todas las inteligencias, asi en la tierna del niño como en la madura del hombre; asi en la estrecha del vulgo, como en la vasta y estensa del hombre ilustrado, y atravesó las fronteras de su pátria y la Mancha y el loco y su *adlatere* corrieron la Europa, llamando la atencion de todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, soldados y togados, jurisconsultos y publicistas, y todos veian en el loco caballero y en el escudero mentecato algo de la composicion y alquimia de su propia índole y naturalera y escuchaban sus diálogos como de hombres extraordinarios como de un Sócrates con Platon; y oian sus sentencias como de oráculos, y sus lecciones como si la esperiencia hablase por sus labios; y veian sus aventuras como las aventuras del alma humana, y sus deseos como los deseos del hombre sobre la tierra, y sus caidas como las caidas de nuestras

ilusiones y sus desengaños como los desengaños de nuestro corazon. ¿En qué consiste este secreto? ¿Cómo en dos séres, en dos individuos está la materia humana en todas sus formas? ¿Qué arte ha podido dar ese relieve, ese contorno, esa verdad, esa universalidad de espresion á dos únicas figuras?

Estos son los secretos del genio. Nosotros, pobres profanos, solo podemos vislumbrar, que fermenta en la cabeza del loco un pensamiento sublime, una locura divina, la locura de la humanidad que desea el triunfo del bien y el reinado de la justicia. Este es el *exequatur* que lo naturaliza en todas las naciones y razas, en todos los ámbitos y en todos los tiempos. El secreto es muy sencillo. Es un hombre que no se propone aumentar su estatura, ni acumular riquezas, ni conquistarse reinos, honores ni dignidades. Su propósito no es egoista. No va á resolver el problema de su felicidad. Se propone simplemente, inversos los términos, alcanzar la felicidad y el bien de sus semejantes. ¿Y cómo, con qué medios? No tiene mas que sus débiles brazos, un lanzon, una mala cota y un peor caballo; pero tiene una fuerte voluntad, una gran fé, un amor grande hácia la virtud y la verdad, un entusiasmo ardiente por la belleza. Los medios son incongruentes: con una lanza no se redime el mundo: la fuerza del mal es superior á estos remedios. El mundo entero llama á esto

locura y con razon. Cervantes no dejó esta calificación en duda. Pero en cambio, la humanidad, siquiera por agradecimiento, por curiosidad, porque se trata de su interés general, se interesa en la peregrinacion de este loco extraordinario y sigue sus pasos, y observa sus movimientos y parece querer investigar cual es la resistencia que se le opone, en qué consisten los obstáculos, dónde están los escollos, porque al cabo el pensamiento es generoso y propio de un alma grande, y un buen pensamiento, una noble intencion siempre hallan eco en los humanos corazones.

Verdaderamente es este un argumento admirable: argumento para un gran genio y sobre todo para un genio como Cervantes, para un hombre que por el bien de sus hermanos habia espuesto su vida á crueles tormentos y por la gloria hubiera espuesto mil vidas si mil vidas tuviera. El solo tenia el temple necesario para acometerlo, en su mente los ideales con que componerlo y en su corazon los colores con que pintarlo. Pero no bastaba esto: era necesario unir al idealismo mas sublime, el realismo mas grosero; á la contemplacion mas pura, las pasiones mas bastardas; á la poesía mas elevada, la prosa mas baja; al espiritualismo mas refinado, el mas refinado materialismo; á la óptica de las ilusiones el prisma de la esperiencia; á las aspiraciones al bien, las tendencias al mal; y poner en contínuo juego y encuentro la sinceri-

dad con la malicia, el interés con la abnegacion, la codicia con el desprendimiento, la castidad con la concupiscencia, el valor con la cobardía, la nobleza con la bajeza, la energía con la pereza, la fortaleza con la debilidad, en una palabra todos los contrarios en lucha, todos los extremos en oposicion: porque de esta oposicion y de esta lucha habia de resultar lo cómico en la accion sin perjudicar lo elevado del pensamiento.

Que Cervantes se hallaba á la altura de este plan colosal lo muestra su ejecucion. El *Quijote* parece, en efecto, como ha dicho Quintana, *hecho con la voluntad*: pero hacen estos prodigios como la luz á un *fiat*, cuando existe esa consubstancialidad, si nos es permitido usar de esta voz, del genio, del pensamiento y de la forma, cuando se ha agitado el espíritu divino dentro de la mente y llega el tiempo de la plenitud de su calor, la época de crear los mundos en la esfera del arte. Cervantes se hallaba en este período, en esta edad dorada de su inspiracion cuando engendró el hijo, seco y avellanado, esa figura escuálida, espiritada, que, subida sobre el alto Rocinante, parece querer subir á region más diáfana donde vivir la vida del espíritu que representa. A su lado va su eterno compañero Sancho, como enterrado en la materia de que es genuino representante. Ambos son opuestos en naturaleza, en inclinaciones y en objeto. Ambos están en continua lucha como el es-

píritu y la materia, y sin embargo, el uno no puede vivir sin el otro, y se buscan y se aman y se creen parte integrante de su ser, de tal manera que Don Quijote no puede estar sin Sancho, ni Sancho sin Don Quijote; pintura exacta de la union y oposicion de los dos elementos de la naturaleza humana. ¡Qué desarrollo tan vasto de su elevado plan! ¡Qué conocimiento de su transcendencia hasta á los mas mínimos detalles y mas ordinarios fenómenos y manifestaciones de la vida! Allí está la biografía del cerebro en la fuerza de la mas intensa fiebre por lo ideal y puro, por lo celestial y bello: del cerebro en el orden de sus estravíos y en el concierto y lógica, de sus visiones y delirios, porque la locura tiene tambien su lógica y los disparates concierto. Allí está tambien la biografía y anatomía de esa otra locura que se llama discrecion y buen sentido, porque el alma ahoga su energía, mata su iniciativa y se ajusta al movimiento de los intereses del mundo: y allí está tambien maravillosamente sorprendido el punto de contacto, la conjuncion de ambas fuerzas y el orden alternativo con que ceden ó vencen la sabiduría del mundo y la sabiduría del sabio, la ciencia del vulgo y la ciencia del hombre superior que busca la verdad sin consideracion á tiempos ni lugares. Sancho vence por lo comun: el elemento, la atmósfera de Sancho es el *hecho*. El avisa á Don Quijote, puesto en los miradores de su fantasía, que los molinos no son gigantes, sino

molinos; que las ovejas no son caballeros, sino ovejas.

Llega un momento en que el miedo y la cobardía turban sus sentidos y flaquea en su ciencia del *hecho*, y la esperiencia no le dice que el ruido que llega á sus oídos son de mazos de batanes ¡Pobre buen sentido! ¡pobre esperiencia y cuán falible eres! Llega en fin, el caso, en que no el miedo, no una fuerza esterna invencible, sino la malicia, la mala fé y la ambicion dan al traste con el buen sentido, con la ciencia del sacerdote del *hecho*, y asegura que un cuero de vino es la cabeza de un gigante y que Dorotea es reina, y que los escudos de la maleta no entraron en su bolsa. ¡Pobre buen sentido y qué espuesto se halla á equivocaciones! Mientras tanto, el loco, el hombre de la teoría, el visionario, se equivocará al tomar ventas por castillos, maritornes por princesas, molinos por gigantes y manadas por ejércitos, pero no se equivoca jamás en la intencion, ni comercia con la mentira, ni habla en contra de su conciencia.

Estas y otras sátiras de igual trascendencia hace Cervantes en su *Quijote*, cuyas bellezas orgánicas quisiéramos esponer con más espacio, si de él pudiéramos disponer. Diremos en suma, que su obra toca las cuestiones que constituyen esa série de problemas que sobrenadan en la corriente de los siglos, que interesan á todos los humanos, que son el alimento de todas las almas, el eterno

sugeto de todas las investigaciones, la materia constante de toda filosofía.

Si bajo otros conceptos le consideramos, esta produccion reveló en su autor un genio de un poderío y originalidad asombrosa, porque Cervantes no siguió los pasos ni caminó por senda alguna ya trillada. Abrió una nueva que recorrió seguro del triunfo, y nadie ha podido seguirle en su gloriosa carrera. Ahí está sólo, como un gigante, como un coloso entre todas las literaturas de las naciones ilustradas, puesta en sus manos la palma y en sus sienes el laurel que nadie le disputa. El ha creado unos personajes que desafían á la realidad. El ha creado un estilo que de su nombre se apellida *cervántico*. El ha poseído una *vis cómica* y un gracejo que no tiene paralelo en ninguna produccion literaria antigua ni moderna. El ha espresado las ideas más comunes con formas tan gráficas y monumentales, que donde habla Cervantes no hay fuerza de elocuencia que le sustituya. El se ha hecho el oráculo y como el arsenal clásico de todo cuanto constituye la ciencia llamada esperiencia de los hombres y de las cosas. El ha hecho un libro de pasatiempo y un libro de sérias meditaciones, ha sabido entretener la niñez, cautivar la juventud, sorprender al curioso, alegrar al triste, enseñar al ignorante, suspender al sabio y agradar á todos. Con los elogios prodigados al *Quijote* se podria llenar un vo-

lúmen. Nadie le ha excedido en pintar caracteres, en la propiedad del lenguaje, en la facilidad del diálogo, en la verdad de las descripciones, en lo oportuno de los epítetos, en la claridad de expresión, en la amenidad del estilo, en la profusión de incidentes, en la riqueza de imaginación, en la fuerza de invención y en la movilidad y brillantez de la fantasía. Holland llamó el *Quijote* la primera novela del mundo y el mejor libro que habían escrito los españoles; Irving veía en él una revelación de la naturaleza; Sydenham admiraba en Cervantes un gran físico; Morejon una lumbrera de la medicina española; Lista un gran poeta; el célebre Calderon le llama el rey del romanticismo, y el mundo todo, el príncipe de los ingenios. Los españoles, que llevan al extremo el fanatismo y entusiasmo hacia los ídolos que adoran, aun no han dicho lo que un autor moderno de Shakespeare: «Después de la *Biblia*, creo en Cervantes;» y sin embargo, el mundo ilustrado le reconoce, le cree y le confiesa como un revelador de misterios y secretos del corazón y del alma humana, y cree en él porque la humanidad cree en la divinidad de los grandes genios.



CAPITULO XVII.

Materiales y elementos de la crítica contenida en el *Quijote*.—Simbolismo de lo ideal y lo real.—Calidades espirituales y de carácter en los comentadores.—Sátira principal y sátira secundaria ó de telon.—Conciencia de esto en el autor.—Causas del mayor aprecio del *Quijote* con el trascurso del tiempo.—Genialidad de Cervantes.—Interpretacion de la aventura del cuerpo muerto.—Sentido anagógico.

Hasta aquí se ha expuesto casi exclusivamente lo que en el *Quijote* puede llamarse elemento personal ó material subjetivo del autor. Natural es que tratándose de una biografía, sea el primer cuidado de un concienzudo biógrafo el poner de relieve la fisonomía espiritual y moral del héroe, y más si se trata de un escritor de quien dijo el doctor Suarez de Figueroa, en son de sátira, que habia querido poner sus aventuras y desventuras en conocimiento de todo el mundo. Descender á señalar al pormenor cuáles son estos sucesos, no es ciertamente de este lugar, aunque no pueda excusarse el citar algunos de los de más bulto, sin cuyo conocimiento no es posible entender bien partes de admirable artifi-

cio en su gran obra. Basta notar que, hechos culminantes de su vida y disposicion natural de su carácter, valor, sentimientos y calidades, contribuyen poderosamente á dar vida y calor al inmortal poema. Otros notables críticos sustentan abiertamente esta opinion, sin tener á mano argumentos especiales que confirman tal creencia, y sin haberse tal vez fijado en la declaracion importantísima del zoilo antes citado. Creo que sobre este punto no hay para qué extendernos, ni descender á más detalles, expuestos con la debida minuciosidad en otros trabajos críticos donde tienen su lugar y cabida (1).

Es de suponer que un observador penetrante y gran genio crítico, que estuvo en contacto con el círculo de los hombres pensadores de su tiempo y más de lo que parece, relacionado con los tres grandes gremios ó clases que se compartian el poder como son los palaciegos, los militares y los religiosos, no se limitase á tomar materiales para su crítica de la atmósfera vulgar, de la capa exterior, de los hechos, abusos y vicios cuya censura en todas épocas se escucha de lábios de las gentes comunes en las plazas ó en las tabernas. Verdad es que los comentadores nos dicen que su mirada era muy escrutadora, y que no pasó un

(1) En *El Correo de Alquife* y *El Mensaje de Merlín*, se trata con bastante extension de esta materia.

defecto de su edad inapercibido en sus obras, ni cosa digna de reprension que no zahiriese con su festiva sátira, citándonos los repuestos de las acémilas canonicas, las gallinas de los ermitaños, las buenas mulas ó dromedarios en que iban los frailes caballeros, los puntos, signos y rumbos de los astrólogos, el influjo de los cometas, los errores é ignorancia de los jueces, soberbia de los poderosos, envidia de los ignorantes y demás flaquezas y preocupaciones de la sociedad humana, y sobre todo el gran daño del mundo caballeresco pintado, en donde la verdad habia huido para dejar paso á la mentira, lo regular á lo monstruoso, lo posible á lo imposible.

Todo esto, sin duda, es bueno; pero no basta para elevar la talla de Cervantes un codo sobre la de un mediano ú adocenado ingenio. Si vamos ahora á la parte que sus admiradores notamos, de representacion de dos figuras simbólicas en el hidalgo y el escudero, emblema el uno de lo ideal y poético, y significacion el otro de lo real y prosáico, veo que esta suerte de interpretacion ha tenido gran boga desde que expuse mis, por algunos llamadas, *peregrinas* ideas, aunque no falta quien, para quitar este mérito á Cervantes, afirma que todo esto jlo hizo *inconscientemente* en términos de escuela, ó á *salga lo que saliere*, en términos vulgares (1). Ni diré nada del fracaso que bajo otro

(1) Don Vanuel de la Revilla.

punto de vista ha sufrido el *Quijote* en la crítica, pues habiendo ya en el siglo pasado quien dijo que era el retrato del alma española, la pintura de Carlos V y de la devoción á la Virgen María, han concluido críticos graves por decir que el hidalgo es la copia de un linajudo manchego á quien se le cuajó parte del cerebro, y Dulcinea la querida de Lope de Vega, Camila Lucinda. Aquí podíamos decir: «Mira cómo subo, subo, de pregonero á verdugo.»

Si difícil es en breve espacio emprender la, comparativamente, fácil tarea de mostrar el elemento subjetivo ó personal en la intrincada fábula cómico-heróica del *Quijote*, júzguese cuánto no lo será el ofrecer en un corto capítulo una idea del designio principal de su autor. Aunque no fuera más que limitándonos á lo ya escrito y acentuado por varios, sería asunto para un tomo voluminoso, no obstante que escribiendo nuestro poeta Quintana á principios de este siglo, decia que sobre Cervantes y el *Quijote* se habia dicho ya cuanto podia decirse. Despues y aun hoy sigue repitiéndose la frase, y siguen los hechos desmintiéndola y seguirán mientras mas tiempo transcurra, porque el dia en que tal asercion fuera una verdad, bajaria del zénit la obra que apellidamos imperecedera.

Lo que parece desde luego evidente, es que ha sido el *fato* del *Quijote* caer por lo general en nuestra patria en manos de personas las menos á

propósito para juzgarle y comprenderle, por la oposicion abierta entre su carácter, ideas y creencias, con las creencias, ideas y carácter del autor. No extraño que fuese así la crítica tan infecunda. Pensar que porque un autor sabe rebuscar bibliotecas ó aprenderse de memoria libros enteros de caballería, es apto para erigirse en crítico ó comentador del *Quijote*, es un error de más de la marca. Si hay asuntos y caractéres en la vida que no se amoldan con la idiosincracia de los mismos génios, de tal modo que fray Luis de Leon, por ejemplo, jamás podria escribir *La Pícaro Justina*, ni Cervantes la *Historia de Felipe II*. Hay tambien críticos que podrian hacer mucho comentando una homilia de San Jerónimo ó la vida de un santo, y no son á propósito para hablar de autores como Cervantes ni obras como la del *Quijote*. No es falta de suficiencia, sino de concordancia, y en este mundo todo requiere la posible afinidad y armonía. Consecuencia de esto es que no se haya ocurrido á ningun comentador una idea para la cual no se necesita bucear en los abismos de la ontologia ni en los empolvados desvanes de los antiguos archivos; y es que si Cervantes notó y observó en la literatura caballeresca, ó sea en el *mundo pintado*, ese desdén de las leyes físicas y morales, esos absurdos de hacerse la materia penetrable, los cuerpos sólidos aéreos, lo ligero pesado, las almas y la voluntad sujetas á encanta-

mientos y metamorfosis por el poder de hadas, magos, vestiglos y endriagos, no tenia que abrir mucho los ojos para ver que, no ya en el *mundo pintado* de los libros caballerescos, sino en el mundo real, en la sociedad viviente sucedia lo mismo con las creencias supersticiosas en el favor de los ángeles, enemistad de los diablos, en los milagros y demás creencias de que estaba saturada la humanidad en aquel tiempo, y especialmente nuestra católica y creyente España. Literatura por literatura, no hay más que comparar la mística y ascética que inundaba las prensas, y ver si no tiene los mismos defectos, monstruosidades y suspension del efecto de las leyes que rigen al mundo, y en mayor grado que lo que vemos en los libros de caballerías. ¿Iremos á suponer que, no ya á Cervantes, génio, sino á cualquier otro satírico de menos talla, se le pudiese una venda en los ojos, ó como dice nuestro festivo autor, «se le helasen las migas, de las manos á la boca?» Pues si en ambas habia los mismos defectos; si los de la mística eran mas graves y actuales, porque en su tiempo ya no salian caballeros sino un loco de su invencion, mientras que la mayoría de la sociedad, cuerda, vivia entre laberintos de visiones, encantamientos, alucinaciones de diablos, apariciones divinas y embelecocos y musarañas, entre una guerra de Satán, tentador por un lado, y Nuestra Señora,

abogada é intercesora por otro, ¿cómo puede negarse que el autor de la sátira de los unos, no fuese el autor de la sátira de los otros? Venimos, pues, por la fuerza de la verdad histórica y de la lógica, á convencernos de que la sátira del mal menor y ya pasado, fue un medio, un instrumento para la sátira del mal mayor y presente. No hay, no puede haber privilegios ante la conciencia del censor público. No cabe decir mis tiros se dirigen contra este abuso, y otro igual ó mayor queda exento de mis dardos. Aun admitiendo la pueril opinion de que Cervantes fuese tan miope que no alcanzase á ver esta paridad de circunstancias y obrase *inconscientemente* en esta parte, la crítica tiene el derecho de reclamar igualdad y justicia en los culpados ó delincuentes, y no hacerse cómplice de poderosos ó privilegiados.

Por fortuna no es así. Cervantes supo lo que se hacia y á dónde iba, y esto explica la multitud de pasajes en que hace envueltas alusiones y señales; esto explica el cuidado de repetir tantas veces, que su *único* objeto era atacar los libros de caballerías; esto explica la razon de venir adornado su *Quijote* de esos versos misteriosos, donde se encuentra la clave de su *conciencia* y su pensamiento, y esto, finalmente, es lo que puede interpretarse y en efecto interpreta el sentido oculto de muchos trozos y aventuras del *Quijote*, con cuya explicacion reciben nuevo realce y trascen-

dencia, y para los cuales ha sido impotente el dogma ó credo de la rancia crítica de nuestros eruditos, retóricos y gramáticos.

Rebosa en el *Quijote* y en sus adimentos, ese orgullo tolerable, esa vanidad admisible, esa satisfacción de la gloria y la creencia en la inmortalidad, que fueran ridículas si su objeto hubiera sido acabar con una literatura ya cadáver, y no se refiriesen al grande y sutil ingenio que en medio del triunfo de ese desorden moral y político de su época, se atrevió á dar un golpe tan certero como peligroso á tanto error y preocupaciones, á tanta astucia é injusticia de los que tenían á su cargo la felicidad de los hombres en esta vida y su destino en la otra. Por ventura, aunque así no estuviese cifrado en señales y visto como por tela de cedazo en el contesto de la obra, ¿hemos de hacer á Cervantes de peor condicion é inteligencia que tantos otros satíricos de España y las demás naciones, no ya del siglo XVI, sino de los siglos XIII, XIV y XV que vieron y zahirieron estos graves males? ¿No se empleó en Francia la alegoría en el romance ó poema de la Rosa, y en el de *Renart* y en otros monumentos literarios, para atacar los grandes vicios y errores que minaban la constitucion social y política de los pueblos? Pero no hay que citar muchos ejemplos, cuando acabado el mal se aprecia más la medicina. El *Quijote*, que debiera valer en la época de su virtud contra li-

bros de caballería, comienza á cobrar crédito y fama cuando ha pasado la epidemia. Y es que desapareció la literaria, objeto secundario, y quedó la moral, que era el preminente, y para la cual todavía es y será sátira y medicina. Pensar que al cabo de cerca de tres siglos apenas han cambiado las bases y nociones fundamentales de la constitucion y vida de los pueblos que merecieron la crítica de esa grandiosa alegoría representada en el *Quijote*, es levantar un pedestal y estatua á Cervantes, que desafía á los tiempos, cuando tan profundo y trascendental fue su designio y artificio. Y este artificio, sencillísimo por sí mismo, se deshace. Cuando hoy leemos el escrutinio de los libros, ninguno se acuerda de los de caballería, y si nos acordamos del Indice expurgatorio de Roma. Cuando leemos el imperio con que manda Don Quijote á los mercaderes, creer sin ver, en la hermosura de Dulcinea, ó de lo contrario morir á los filos de su espada, nadie se acuerda de damas de la Mancha; pero sí viene á la memoria el procedimiento usado por los fanáticos para imponer la fé en dogmas religiosos, y no solo en España, sino en todo el orbe, aunque más en nuestra patria, notable por su mariolatria. Podria citar innumerables pasajes donde se vislumbra su pensamiento *inter-lineas*; pero es materia que trato por extenso en trabajos de otra índole, y que fuera imposible compendiar en este capítulo, ni menos citar todas

las frases en que Cervantes insinúa á los lectores su doble intencion, y los cuales se encuentran á cada paso, y á veces envueltos en contradicciones, por si acaso se hubiese descubierto más de lo que convenia á su seguridad personal. Mas para juzgar en estos conflictos es preciso conocer la genialidad de nuestro autor, y saber cuándo se expresa irónica y socarronamente y cuándo adopta el tono de cándido. Este dominio de la lengua y facilidad de dar matices á la expresion, es propio de un autor que enriqueció y fijó lo castellana hasta el punto y extremo que él la hizo en sus obras, y los intérpretes que se dejan llevar de su candidez natural para explicar frases de artificial candor é inocencia (1), no adelantaron un paso en la comprension de los finísimos y sutiles toques intencionales del más despierto é ingenioso de los escritores de todas las edades y naciones: mucho más cuando la necesidad y el temor pusieron tan á prueba sus facultades.

Antes de dedicar algun espacio á lo que se llama, y con razon debe llamarse, sentido anagógico en el *Quijote*, que es la significacion por excelencia, el sentido superior de una gran obra de arte simbólico, daré una prueba entre muchas que pueden darse, del tacto y discrecion con que supo decir Cervantes lo que ciertamente nadie se atre-

(1) Don Juan Valera

viera á no contar con el recurso de su traviesa, discreta y poderosa fantasía. Sabido es que nuestro insigne escritor fue apasionado entusiasta de su jefe militar y protector especialísimo Don Juan de Austria, así como lo es la existencia de grandes celos y antipatías de Felipe II hácia el vencedor de Lepanto, y que hubo rumor y corrió en silencio la especie de que dicho caudillo no murió de calenturas pestilentes, sino de veneno por orden del Rey, como murió de muerte violenta su secretario Juan de Escobedo. Sin duda estaba al tanto de la verdad de los hechos nuestro lector cuando compuso con artificio, que verdaderamente no lo parece, la singular aventura de la traslación de un cuerpo muerto.

Cree Navarrete, y han repetido otros con insistencia, que en los viajes que hizo por Andalucía y particularmente cuando estuvo en Granada oyó hablar de la traslación de los restos de San Juan de la Cruz, de Ubeda á Segovia, y restitución de Segovia á Ubeda, en cuyas jornadas sucedieron grandes milagros de apariciones, voces y diálogos, y que este suceso, sin artificio alguno, le sirvió de fondo para la aventura del cuerpo muerto que llevaban á enterrar á Segovia. Esto es evidente, y no solo este suceso sino otros muchos le servirían de materiales para la confección de muchos pasajes y aventuras de sus obras. Natural era que tuviese grande eco en el vulgo ávido

de maravillas, un suceso tan ajustado por la imaginación á lo maravilloso; pero todo el trabajo que este biógrafo emplea en demostrar que era una aventura verdadera y sin artificio, se resuelve en quitar el mérito á este interesante capítulo, que tomando, en efecto, por base un acontecimiento, tiene toda su virtud y valor en el artificio que encierra, pues quizás no haya otra aventura mas delicadamente artificiosa, que la de los encamisados, pudiendo suceder que Cervantes escogiera un hecho verdadero y conocido para ingerir con menos riesgo lo que le convenia.

Mucha riqueza de datos amontona este biógrafo para hacernos pasar por de San Juan de la Cruz el cuerpo que iba en las andas; pero esta interpretación es pegadiza, se halla en el aire, no concuerda con los diversos accidentes, caracteres y circunstancias estrañas de la narración, ni le liga á ella mas que el hecho simple de tratarse de un individuo que murió de «calenturas pestilentes» y cuyo cuerpo fue trasladado de un punto á otro. Ahora bien, este hecho es lo único que Cervantes necesitaba para representar con un artificio sencillo, otro hecho misterioso que tuvo y aun tiene grande eco é interés en el orbe político, cual fue la muerte de don Juan de Austria que se achacó á efecto de «calenturas pestilentes» por el gremio oficial; pero que entonces se sospechó y hoy casi se tiene por cierto que fué obra de algun traidor veneno.

Todo lo que parece trivial ó indiferente y hasta inoportuno é ilógico en el relato, adquiere gran colorido é interés cuando se lee esta aventura bajo el entendimiento de que el autor trata de recordar esta muerte misteriosa y traslacion no menos extraña, y dar á conocer en cuanto era posible á un agudo ingenio sus dudas sobre la muerte natural de aquel gran príncipe y soldado. Mucho antes de ahora descubrí en esta misma aventura el anagrama de «Blanco de Paz,» contenido en los nombres «Lopez, de Alcobendas,» personaje que está allí figurado como representante del clero inquisitorial y del bando y política de Felipe II dado en cuerpo y alma al espíritu y artes del Santo Oficio (1). La noche, la oscuridad y la manera de aparecer, como *Satanases del infierno*, con la presa de un cuerpo muerto en sus manos, y el carácter anti-caballeresco que toma Don Quijote transformándose en juez residenciador de los enlutados y teniendo á sus pies á un delincuente, son magníficos rasgos decorativos de la solemnidad y pavor del hecho que se recuerda y del interrogatorio que va á tener lugar, despues que hubo apaleado á todos los de la murmuradora comitiva. El responder el bachiller caido que el cuerpo muerto era de un *caballero*, (no dice santo ni fraile), el preguntar Don Quijote breve, curiosa é inquisitivamente *¿Quién le*

(1) *La Estafeta de Urganda*, 1861, páginas 58, 59 y 60.

mató? el replicarle, que *Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron*, la observacion irónica insinuante y sospechosa de incredulidad que hace el hidalgo, el desprecio y aun crueldad con que Sancho habla de los vencidos, cosa contra su carácter y su costumbre, y otras varias circunstancias y señales, sin olvidar que hay en este capítulo trazas de recortes y supresiones á última hora en el manuscrito de Cervantes, todo concurre á ver una referencia clara y manifiesta á lo ocurrido con Don Juan de Austria, y no al suceso insignificante de fray Juan de la Cruz. Todo el mérito é interés que envuelve asi considerada, desaparece por completo cuando se la mira como simple aventura caballeresca, pues como he dicho, los caracteres de Don Quijote y Sancho se presentan entonces ilógicos y desnaturalizados. Además, la version Navarrete supone una especie de irreverencia ó impiedad gratuita en el fabulista, porque no hay necesidad de que aparezca el héroe apareando á unos sacerdotes que llevan las reliquias de un santo, mientras que en la verdadera interpretacion, Don Quijote castiga figuradamente á los que se supone ser causantes y autores de un gran delito. Nótese asimismo, que en la respuesta del bachiller no se dice que fuese el difunto un fraile, ni hombre de Iglesia, sino un *caballero*, lo cual concuerda con Don Juan de Austria, y no con Juan de la Cruz, que nunca ciñó espada ni

estuvo al frente de ejércitos como el vencedor en Lepanto. La singular curiosidad que muestra Don Quijote en querer abrir las andas y ver si el cuerpo que iba dentro *eran huesos ó no*, se refiere tal vez al estado de los restos del príncipe cuando fueron trasladados á España, donde es probable no viniesen en disposición de poder hacerse un análisis de los organismos vitales, para estudiar las causas de su muerte. Finalmente, el contesto general de la aventura, considerando lo espinoso y comprometido del asunto, y que solo podia hablar el autor, como el dijo, *por señas*, no deja duda de que el fondo de ella es suceso en que juega un personaje de importancia. Cervantes no conocia al fraile Juan de la Cruz ni su fin pudo interesar como el del grande hombre, capitán valeroso, verdadero héroe del siglo y protector, y amigo suyo, en quien confiaba mas de un soberano en Europa, y cuya muerte envuelta en sospechas de venganza interrumpió proyectos políticos de una gran trascendencia en la suerte de las naciones, y causó gran sensación en los ánimos en aquel tiempo (1).

(1) Entre los que escribieron manifestando dudas y refiriéndose á las sospechas de envenenamiento, se cuenta á Rodrigo Caro, amigo de Cervantes. Es tambien de notar, que nuestro escritor, hallándose cautivo en Argel, dirigiese su famosa epistola á Mateo Vazquez, entre los veinte y tantos secretarios de despacho que tenia Felipe II, y que este Vazquez fuese el incansable perseguidor de su colega Antonio Perez, por el asesinato del secretario de Don Juan, el célebre Escobedo. Al hablar Antonio Perez del mote de *perro moro*, que habian

No creo necesario citar mas detalles, y espresiones de esta singularísima aventura, *encarecida* por el autor en la segunda parte del *Quijote*, y en la cual hallaba Clemencin *un no se qué*, imposible de aclararse bajo el punto de vista de su crítica. Tal es la fuerza de su significado y espíritu latentes, que parece que conmovian la letra y querian levantar la losa para salir á luz. Tanto se habia andado por la corteza, cribando y ahechando la sutil envoltura, que el mas formalista y superficial de los comentadores literarios no pudo menos de sospechar, que se daba de manos á boca con algo que por intangible se le escapaba, pero cuya presencia desconcertaba sus apreciaciones.

Pero aunque sea interesante conocer el sentido ó espíritu que en el *Quijote* envuelven las mas de las aventuras, porque siempre sucederá que esta significacion oculta es superior en importancia á la manifiesta, no hemos de creer que este sea el principal valor, y que en esto estribe la popularidad y fama crecientes de esta obra maravillosa. Si á mas que esto no alcanzase el verdadero comentario filosófico, por cierto que no habria alcanzado mucho. Podrá ser materia de curiosidad el saber

puesto á Vazquez, admite lo de *moro* y no lo de perro. ¿Aludirá esto á sus opiniones religiosas? ¿Estaria Vazquez en relacion secreta como tantos otros en los proyectos de Don Juan de Austria? ¿No pudo ser que en las cartas que este príncipe dió en Italia á Cervantes, hubiese alguna para Mateo Vazquez, y esto esplica el dirigirse nuestro cautivo á él desde su prision? Conjeturas son estas algo mas que probables.

por ejemplo, que en esta aventura de los enlutados, hay debajo de la leccion literal, de las faldamentas de los clérigos, de la cota y celada de Don Quijote y de la cubierta de las andas ó litera, otro teatro en que juegan nada menos que el Santo Oficio, un príncipe y el autor mismo, y cuyo argumento es un crimen misterioso. Pero esto puede saberse, por historiadores, y por mas que admirásemos estos artificios, solo podríamos conceder ingenio tracista, valor y singular travesura en el escritor que los inventó y se atrevió á ponerlos al público poniendo en grandes peligros su seguridad individual. En mayor ó menor escala esto han hecho muchos en sátiras mas ó menos felices ó transparentes, en todos los tiempos y en todas las naciones.

El comentario filosófico abarca mucho mas y llega á mas altas conclusiones y es lástima que en España, nacion que se tiene por favorecida grandemente en dotes de inteligencia y perspicacia, se haya hecho una oposicion inconcebible en ciertas regiones al mero adjetivo de *filosófico* aplicado al comentario del mas famoso de sus libros, como si esa palabra fuese injuriosa ó herética. Unos creyeron que era revelar asuntos particulares entre el autor y sus enemigos, porque en *La Estafeta de Urganda*, se daba como muestra una interpretacion esclusivamente relativa á la parte de auto-biografía de Cervantes, y se olvidaron ó

no leyeron lo principal del opúsculo. Otros se imaginaron al oír comentario filosófico del *Quijote*, que sin duda se trataba de revelar un sistema de filosofía completo y oculto hasta ahora en la popular novela, como si dijésemos, un tratado elemental y transcendental de lógica en los disparates del hidalgo, un curso de metafísica en la cueva de Montesinos, un sistema de política en el gobierno de Sancho, otro de estética en Dulcinea y una teoría del *monismo* quizás en el mono de Maese Pedro. Y no obstante, estos mismos refractarios al calificativo de *filosófico*, siempre que toman la pluma, repiten con los demás notables críticos modernos, que hay en el *Quijote* profunda filosofía, y que su autor fue un gran filósofo, aunque no escribió sistemas. A estos les pasaba con la filosofía lo que á *Mr. Jourdain*, que había estado toda su vida haciendo prosa, *sin saberlo*. Comentario filosófico del *Quijote* existe, desde que hubo un escritor que no se satisfizo con la idea de que era una mera sátira contra la literatura caballeresca, poniendo en duda las declaraciones mismas de Cervantes, lo que llamó Ticknor «la *palabra honrada* de un grande hombre.» Con la duda viene la investigacion y de esta nace el conocimiento. Todas las varias é innumerables opiniones propagadas sobre el objeto ó fines que el autor del *Quijote* se propuso, tienen su asiento y cabida en el gran proceso del comentario, que es el que dá vida

á las grandes obras, porque estas tienen sávia para prestársela á su vez. Ninguna es inadmisibile á menos que deje de responder al concepto de grandeza, altura y sublimidad que como de derecho pertenece á una obra merecedora de la atencion y el aplauso unánime de los hombres. Hijas del comentario filosófico son las opiniones de que el *Quijote* es pintura fiel de la vida con sus ilusiones y desengaños: que simboliza la humanidad en su dualismo, en cuanto tenemos todos puntos del hidalgo y collares del escudero: que en las salidas y aventuras del andante se pinta el alma española y su política aventurera en pos de una idea: que la devocion á Dulcinea simboliza la del pueblo español á la Reina de los cielos, dispensadora de ánimo, favores, entusiasmo y virtudes en los que fielmente la aman y lealmente la sirven; que es sátira de los errores y preocupaciones de su siglo y aun de todos los tiempos: que es retrato de aventuras, trabajos, y carácter de su autor y otras muchas que aun pudiera acotar y que habrán de propagarse andando el tiempo, pues como dijo el autor del hijo de su entendimiento, es antojadizo y lleno de pensamientos vários.

Aun esos que han dicho, que Cervantes se burló del heroismo, ridiculizó la hidalguía y acabó con el sentimiento caballeresco y las ideas del honor en España, merecen consideracion no ya porque acierten, si no porque conseguir tamaños fines es

obra que no pudiera lograr sino un gran génio, un hombre eminentísimo. Por fortuna no es así, y lo que pudo matar fue la exageracion y la ridiculez del heroismo, la hidalguía falsa y el honor hipócrita y de alquimia. Si la sociedad caminaba al realismo, al egoismo y al espíritu positivista y práctico, no estaba en manos de Cervantes el detener el curso de los tiempos y las ideas, y harto hizo con preverlo y encaminarlo, notando los efectos de la reaccion próxima y anticipando los remedios. Así por ejemplo, si prevé el espíritu reformador social y político, si vaticina la emancipacion de los oprimidos y ve en lontananza el triunfo de la igualdad y de la democracia y el pueblo conquistando la soberanía y haciéndose rey, como lo figura elevando á Sancho al gobierno de una Insula, no se mofa de él, sino le instruye, sabiendo como talento superior, que no es el poder patrimonio de castas, y que lo principal es buen corazon, buena voluntad, rectitud y deseo de acierto.

Lo que no puede admitirse es, que se reduzca y rebaje la alteza del poema á una triste y pobre sátira de libros de caballería, á una venganza de un atropello en Argamasilla, á copia de un personaje inflado de un pueblo de la Mancha, y á libro de mero pasatiempo, á pesar de los testos que nos sacan de la misma obra, sin discernir los que conciertan ó no con el plan general de la misma,

y con el espíritu constante que en ella reina, superior en autoridad á la letra donde mas largamente se contiene. Es preciso, como ya dije, conocer el temple y genialidad de Cervantes, para saber lo que escribió en burlas y lo que escribió en sério, en un libro en que ambos géneros se hallan mezclados con arte tan peregrino. Existen, sí, esos textos y pasajes necesarios por la fuerza de las circunstancias; pero junto á ellos, frente á ellos y en mil partes, existen otros que los destruyen y aniquilan, y no habia necesidad de éstos, si aquéllos mereciesen fé y no llevase á mayor altura su designio.

Ahora bien, todas esas opiniones fueron formuladas á consecuencia de mas ó menos grados de curiosidad, de investigacion ó de intensidad de impresiones en el ánimo de los críticos; pero ninguno intentó hacer un comentario formal y comprensivo de todos los elementos generadores y constitutivos de ese inmortal poema, ni menos del principal trabajo que es el conocimiento de sus bellezas orgánicas, porque, téngase en cuenta, que en medio de todo y quizá ante todo, profeso que su mérito incomparable no está en los fines propuestos, por altos que sean en lo moral, en lo político, en lo social ó en lo filosófico. Pienso como Cervantes, que se vanagloriaba de ser autor al mundo «único y solo,» de haber compuesto una obra admirable de arte literario, un poema épico en pro-

sa sin segundo, una epopeya cómico-heróica sin igual, porque difícilmente se repetirán en la historia iguales condiciones de grandeza y pequeñez, de independencía y servidumbre, de prosperidad y miseria, de inteligencia é ignorancia como las que tuvo España en su dorado siglo, ni menos las que por especial destino concurren en su extraordinario autor.

Corresponde finalmente al comentario filosófico estudiar el sentido por excelencia, el sentido anagógico que es como la última tarea, lo que llamó el Dante *sovra senso*. El *Quijote* es obra de arte simbólico, género á que pertenecen las más que arriban y se perpetuan en el templo de la fama. El símbolo, la alegoría, el emblema, las figuras, son de por sí elementos y materiales del arte por excelencia y cuando con esta forma se une un gran fondo, las obras literarias han avanzado ya la mitad de la senda de la inmortalidad, independientemente de la mas ó menos perfecta ejecución y talento del artista. El misterio; la nebulosidad en que aparece envuelto el pensamiento, es un acicate al interés y á la curiosidad. El Apocalipsis ha ocupado y ocupará la inteligencia de infinitos comentadores, solo por esta incorregible sed de luz y de conocimiento de lo desconocido. La *Divina comedia* es eterno pasto del espíritu por solo esta razon. En unas obras es el símbolo mas tangible, como en el *Pilgrim's Progress*, de

Bunyan, y en otras de este jaez, pero siempre tienen sobre las demás el encanto de ejercitar las facultades inquisitivas del lector, y por eso enamora el símbolo á los grandes géneos.

El sentido anagógico del *Quijote* es, pues, el mas importante en el comentario. Es la suma del conocimiento de sus objetos parciales, de su ser orgánico, del principio vital que anima sus partes todas; la apreciacion de la verdadera naturaleza y fin principal con que está dispuesta esa creacion, entidad ó mecanismo que llamamos obra de arte literario y cuyos medios han de corresponder necesariamente á ese objeto, para que alcance los necesarios quilates de perfeccion y gane la admiracion de los hombres y el homenaje de los siglos. No de otra suerte sucede en las obras de la naturaleza, pues vemos que el hombre ha tenido en la tierra varios fines segun las épocas y la opinion de los filósofos, y hoy se establece que el fin por excelencia es el de su perfectibilidad, y hasta en las cosas inanimadas que son constantes á nuestro recuerdo y estudio llegamos á nombrarlas y distinguir las por una voz que resume este sentido anagógico, y llamamos y entendemos por Jerusalem, mansion de la paz ó de la celeste patria, y anagóticamente es Babilonia emblema del dolor y de las lágrimas, y Victor Hugo apellida á Paris ciudad astro, alma de la tierra, sol del universo, Atenas, Roma y Tiro juntas, por su predo-

minio en las artes, las ciencias y el comercio, como la llamó la *gran prostituta* nuestro poeta García Tassara, por difundir la desmoralización en la moderna Europa.

El conocimiento de este *sovra senso* ó significación elevada, contrayéndonos al *Quijote* ó á cualquier obra de arte simbólico de su talla y grandeza, no puede alcanzarse sin un estudio detenido de sus bellezas y disposición orgánicas, de la economía de las fuerzas y empleo de los elementos esenciales que el autor pone en juego, y observando el objeto que mas constantemente persigue en el vario y cambiante curso de su plan artístico, y mucho mas en el *Quijote*, historia de *muchas revueltas*, y en su héroe, lleno de *varios* pensamientos, nótese bien, «no imaginados de otro alguno,» que del arte, como imitadora de la naturaleza se puede decir lo que de esta el Ariosto;

»Por mucho variar el arte es bello.»

Pero esto mismo pudiera ser arbitrario, sujeto á opiniones como una opinión mas, si el mismo Cervantes no nos hubiese dado una guía segura, y esta guía se encuentra donde debia hallarse, en los versos «*Urganda la Desconocida*» al libro del *Quijote*.

Dice en una de las décimas:

«De un noble hidalgo manché—
Contaras las aventu—

A quien ociosas lectu—
 Trastornaron la cabe—
 Damas, armas, caballe—
 Le provocaron de mo—
 Que cual Orlando furio—
 Templado á lo enamora—
 Alcanzó á fuerza de bra—
 A Dulcinea del Tobo—

Estos dos últimos versos que subrayo contienen el hilo para guiarnos en el laberinto de una historia, de quien dice el autor al público que tendría un gran alivio en hallarla *tan sincera y tan sin revueltas*. Pero como la verdad sale por los menores resquicios, ya hubo de llamar la atención del señor Harzenbusch para apuntar en una nota, que lo dicho en esos dos versos no era verdad, pues don Quijote nunca vió á Dulcinea. En efecto, no es necesario gran conocimiento crítico en un lector, para comprender desde luego que, literalmente, hay aquí una contradicción tan palmaria y manifiesta, que no se concibe, á menos que no se suponga que Cervantes se olvidó completamente de su obra, y salió con un despropósito, que cualquiera Maritornes le habria corregido con solo una vez que hubiese oido leer el *Quijote*. El buen caballero, no solo no vió á Dulcinea en su sér de dama y princesa, pero ni aun siquiera en el de Aldonza Lorenzo. ¿Qué quiere decir esto? Acharcarse á una errata, no es posible, pues no hay indicio de yerro del impresor, ni de oscuridad del

manuscrito. Cuando esto escribió Cervantes, lo mismo que cuando irónicamente dice que su historia va tan sincera y tan sin revueltas, sin citar otros pasajes, que sería interminable, es evidente que sabía lo que escribía, y que se refería al sentido superior y embebido en el simbolismo de su poema.

En efecto, en la mente de Cervantes, y esto nunca se desmiente en la obra, Dulcinea es luz, sabiduría, verdad, libertad; estas son las entidades ideales que constituyen el objeto de la adoración del caballero, lo que le alienta en sus desgracias, lo que le anima en sus empresas. Los gigantes, follones y malandrines, son los enemigos de esos dones con que la humanidad puede llegar á combatir los errores y los males, la ignorancia y la servidumbre, y llegar al estado de perfección porque se afana, y en pos de la cual camina. Estos enemigos eran muchos y muy poderosos en su época, y por eso simbolizó la batalla humana, no solo en nuestra patria, sino en todo el orbe civilizado, en un caballero que lucha por vencerlos y espera siempre el triunfo definitivo de su empresa por mas contratiempos que le embaracen. El lema del escudo de su libro, es el mote del figurado escudo del caballero. *Post tenebras spero lucem*, lo aplicó á su dama Dulcinea, y hé aquí en globo, con la brevedad que me es dado en este libro, una somera explicación de lo que entiendo por sentido

anagógico ó sentido por excelencia del *Quijote*. Cervantes traía á la vida real, lo que su particular amigo Barahona de Soto trataba solo en la region poética, al escribir *Las Lágrimas de Angélica*, formando un simple cuadro moral histórico, con la explicacion del carácter simbólico de los personajes y damas, gigantes y hadas del ciclo Carlovingio. Por eso al hacer caer este libro de caballería del monton destinado al fuego, exclama por boca del escrutador: «*Lloráralas yo, si tal libro hubiera mandado quemar.*»

Finalmente, si evidencia externa se necesitase, ahí está el *Quijote* espúreo, escrito por el «*contrario bando,*» donde lo primero que procura el autor es deshacerse de Dulcinea, como si fuese posible concebir historia de caballería sin dama; como si esta buena señora, «*cual borrega mansa,*» fuese un pecado mortal ante sus ojos.

CAPITULO XVIII.

Mas sobre la dedicatoria del *Quijote*.—Supuestas alusiones en la aventura de los carneros.—Guerra sorda entre los literatos.—Lope y Cervantes en Sevilla.—*El Curioso impertinente*.—Juicio de esta novela.—Soneto burlesco contra Lope de Vega.—Relacion de las fiestas en Madrid.

Armado de este grandioso y profundo pensamiento, profeta y censor, artista y filósofo, experimentado en las letras y experimentado en la vida, se presenta el soñoliento autor que há veinte años domina en el silencio del olvido con esta obra colosal, precedida de un prólogo que es en sí el más original y perfecto, y al propio tiempo el más *donosamente agresivo* que se conoce en todas las literaturas, tras de la dedicatoria más pobre é insignificante que pudo escribir un adocenado ingenio. Y permítaseme que vuelva á insistir sobre este punto de la dedicatoria, recordando el sinnúmero de cuentas que en él liquidó Cervantes, pagando en epigramas finísimos la guerra y mala voluntad que le tenian muchos escritores, hasta

el punto de que tales artes pudieron dar colorido de certidumbre á la expresion de Avellaneda, de que ningun Mecenas queria tomar su nombre en boca. *Tantum potuit invidia suadere malorum.*

Cervantes es cabalmente el escritor que más intensamente imprimió su genialidad y originalidad de forma y de fondo en los prólogos y dedicatorias de todas sus obras. ¿Cómo se explica que la más excelente lleve una dedicatoria tan incolora, tan falta de lisura en la forma y de originalidad en el fondo, en una palabra, tan vulgar y manoseada en su fraseología, que más parece un hilvan de locuciones humildes, que conceptos formados por una inteligencia conoedora de su valor y del mérito del libro? Ni su extension, ni la humildad casera y servil de que va impregnada, son señales ni caracteres propios de la condicion, de Cervantes, que pecó siempre de confiado el mérito de lo que ofrecia á sus protectores. Y es esto tan de notar en la primera parte del *Quijote*, cuanto que el prólogo y los demás aditamentos de sonetos y poesías están respirando desenfado, alabanzas hiperbólicas, confianza en su propio valer, é indiferencia á lo que pudiera decir la crítica en contra suya. Para mí tengo que, no solo las frases que se han notado están plagiadas, sino que no hay una que no esté tomada de dedicatorias notables de escritores contemporáneos, empezando por «En fe del acogimiento,» y concluyendo por «la cor-

tedad de este servicio, » y hasta el adverbio « *mayormente,* » sospecho que está como embutido y tomado de la ridícula dedicatoria de Lope de Vega, en su *Virgen de la Almudena*, pues es la única vez que le usa Cervantes, si no me es infiel la memoria. En suma; siendo prólogo y versos burlescos y de finísima intencion satírica, creo que encaja la dedicatoria en el mismo plan, y tiene el mismo sello de familia, si bien dirigiéndose á un noble, no podia tomar otro camino que amontonar retazos de oratoria ó elocuencia mendicante con toda la seriedad posible.

No debe olvidarse, y de esto se hablará más adelante con la oportuna extension, que el canto de *Caliope* en la *Galatea*, donde nuestro autor repartió elogios á todos sus amigos, fue una de las imprudencias ó defectos de su condicion, que le crearon muchos enemigos. Los vanos y presumidos de saber mas, se creyeron rebajados de verse al nivel de los que valian menos. Tal vez fue este el origen de la rivalidad de Lope de Vega, calentada por otros de quien no se acordó Cervantes de elogiar, pues el tomar á su cargo dar diplomas y patentes de ingenio, con la mejor intencion, no podia menos de producir efectos contrarios. Los malos se hincharon de orgullo y los buenos se creyeron rebajados. Tal era, sin embargo, la práctica en aquel tiempo, y no fueron menos los disgustos que se acarreó Lope con su *Laurel de Apolo*. Nues-

tro ingenio, sin embargo, conoció su error y tomó su revancha en el *Viaje del Parnaso*, aunque revancha tardía y peligrosa, de cuyos efectos le libró la estimacion y amistad del de Lemos y el amparo de Sandoval y Rojas.

Las aventuras de grande y sutil artificio mendeán más en esta primera parte que en la segunda, pues, en efecto, se observa que, aun como caballero andante, aparece más templado el héroe, conforme va prolongándose su peregrinacion. Quiero decir, que su locura no es tan vehemente ni agresiva, y á la accion que predomina en la parte primera, sucede mayor grado de reflexion en su tercera y postrera salida. Tal vez conociendo Cervantes que no podia irse á la mano, como más jóven, pues de la primera á la segunda parte mediaron diez años, creyó conveniente intercalar los episodios é historias de amores de Crisóstomo, Dorotea, Lusinda, Cardenio, el Cautivo y Leandra, para distraer un tanto la atencion de los lectores. Con todo eso, mero críticos de la letra, han creído ver alusiones y sátiras contra no pequeño número de personajes de la época, notables por su posicion, riqueza, privanza, vicios ó fechorías en la aventura de los dos ejércitos de carneros y ovejas, que en mi opinion es una de las menos complicadas en artificio, aunque no de las menos importantes en su designio. Quisiera poder aprovecharme de esta robusta prueba en favor de mis

opiniones, pero aplaudiendo el ingenio con que se han interpretado los nombres de los caudillos que en esta aventura intervienen, no veo que se halle apoyado en bases sólidas. Así lo expuse y demostré en *La España Literaria*, revista publicada en Sevilla hácia 1864, sin que tenga noticia que se haya contestado á mis observaciones y argumentos. Más valiera que nuestros anotadores, intérpretes, eruditos y gramáticos, hubiesen fijado su atención en las otras aventuras, principalmente en la de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, y en las, sobre todas, intencionadas, que tienen lugar desde que nuestro hidalgo sale encantado de la venta.

Créese por algunos que la publicación de la primera parte del *Quijote* trajo á Cervantes grandes elogios y censuras, multitud de amigos y de enemigos, y por lo tanto, de favores y persecuciones, críticas y maledicencias, y se cita en apoyo el soneto que recibió en Valladolid, y ciertas espresiones de alguno que otro literato. Muy bien pudo suceder esto, aunque á juzgar por los públicos anales, no vemos esos elogios ni censuras en los grados que el *Quijote* debiera haberlos originado, segun su mérito y la trascendencia de su sátira. Hubo, sí, guerrilla mezquina de parte de los *Veguistas*, que así llamo á esta falange de canes ladradores, porque Lope de Vega tuvo la debilidad de comenzar las hostilidades y ponerse al

frente de la oposicion al *Quijote*, aun antes de haber éste salido al público. En resúmen, las primeras escaramuzas fueron pedantes por excelencia, y efecto de amor propio de literatos, lastimado en su concepto, y de aquí que la guerra fuese como intestina y no traspirase al público.

Entiéndase que esta guerra fue originada mas bien por el prólogo y los versos que adornaron la edicion del *Quijote*, que por el *Quijote* mismo, y si se cree que el colequio entre el Cura y el Canónigo, fue el caballo de batalla como así se ha conjeturado, parece me que no se dá en el blanco. En el prefacio es donde menudean, espesas como el granizo, alusiones y burlas delicadas y por lo mismo mas punzantes y sensibles contra Lope y su camarilla. Hay tambien no menor número de frases, metáforas y giros tomados de las obras del Fenix de los ingenios y en esta lucha magistral de buena ley, el rey de la sátira vence al monarca del teatro. A las primeras de cambio, topamos ya con el remedo de un giro muy usado por Lope, cuando dice que, «qué podrá esperarse del estéril y mal cultivado ingenio suyo,» frase que toma de la pluma de su rival, aficionado á utilizar su apellido y á llamar *vega* á su imaginacion y entendimiento. Por no ser prolijo y mencionar alusiones ya conocidas, nótese que concluye el discreto amigo, diciendo: «Con dos onzas que sepais de la lengua toscana,» aludiendo á la presuncion del

tonsura do poeta, muy pagado de poseer á la perfeccion el idioma del Dante. Tasar este conocimiento en *dos onzas*, es solamente propio del humor cómico inimitable de nuestro satírico que le amonestaba:

Y en cuatro leguas no me escribas co—
 Que supuesto que escribes boberi—
 Te vendrán á entender cuatro nacio—

Segun nuevos documentos registrados, se halló Cervantes en Sevilla hasta 1604 en que Lope de Vega visitó de nuevo aquella Atenas de la poesía y dió en ella á la estampa su novela del *Peregrino*. Consérvase un soneto burlesco, hecho á la entrada de éste, por la puerta de la Macarena, atribuido á nuestro autor, á juzgar por el cual debe colegirse que acudió mucha gente á verle, como si se tratase de algun príncipe. Quien quiera que sea el autor, pues ni por el estilo ni por el sentido lo creo de Cervantes, supone un diálogo en el que uno de los interlocutores celebra el acontecimiento y el otro le pregunta, *qué estatura tiene Lope*. A esto responde que la misma que *Pedro Diaz*.!— Pues si no es mas alto, dice el otro, ni vos ni él ni sus poesías valen la pena del alboroto.

Esto nos da á sospechar que Lope fue pequeño de estatura, y de estas particularidades de escritores de aquel tiempo tenemos no pocas indicaciones comenzando Cervantes por él mismo, que nos dice

fue tartamudo, de Quevedo que era de pies tova- dos, y de los Argensolas que tenian la vista corta, defecto de que él padeció tambien en sus últimos años obligándole á llevar espejuelos, grandes y mal hechos entonces, segun se deja entender por Lope, que leyó una composicion con ellos, y los compara á *dos huevos estrellados*.

La estancia de Cervantes en Sevilla por esta época, nos da márgen á reflexionar sobre dos puntos importantes en la historia de su vida. El primero es, que disminuye casi de todo punto la posibilidad de que estuviese en la Mancha de 1600 á 1604, al menos el espacio largo que requiere el estudio de su topografía y de sus costumbres y de estar preso como se supone en la cárcel ó casa de Medrano en Argamasilla.

El otro es, aumentarse mas la verosimilitud de que Lope tuvo ocasiones de conocer y saber de la historia del *Quijote* antes de que se publicase, y debió ser indudablemente en los dos viajes que hizo á Sevilla el Fenix de los Ingenios. Por Lope, que en un principio fue amigo de Cervantes, y admiró sin duda esta composicion, cuando su autor leía los manuscritos entre sus amigos, hubieron de tener noticia de él los escritores de Madrid, y particularmente Andrés Perez, que entonces retocaba y pulia *La Pícara Justina*, y pudo así intercalar en ella sus versos de cabos rotos, en que tanto lo ensalza, diciendo que su heroína era mas

famosa que las obras mas renombradas de su tiempo, y aun que *Don Quijote*. Queda, pues, fuera de duda que la publicacion de esta obra no dió origen á esas enemistades, que existian desde muchos años antes, acaso porque nuestro autor venciese á Lope en algun certámen, ó porque en el canto de *Caliope* no le puso mas arriba de una multitud de poetas adocenados, ó finalmente porque no era posible en Lope reconocer supremacía en ninguno y veia que Cervantes la alcanzaba á su pesar.

Por lo demás, Cervantes nos dejó bastantes indicios en la segunda parte del *Quijote*, del carácter de esta oposicion, con hacer intérprete á un bachiller *creado ad hoc* para representar la pandilla de sus enemigos, que comenzando por solo *literatos*, fueron allegando otros prosélitos de muy diversas profesiones é interesados en más graves que-rellas.

De aquella índole fue la crítica hecha sobre la novela *El Curioso impertinente*, y de la cual toma ocasion Cervantes con su acostumbrada viveza y socarronería para ingerir una de las mas claras y trasparentes indicaciones de que su historia habia de ser entendida algun dia por medio de un discreto comentario. Nótese bien, que las palabras de *Don Quijote* son manifiestamente irónicas en este pasaje, pues nadie puede tomar por cierto y en sério que Cervantes se llamase á sí mismo *autor*

igabrante y sin discurso ó sea discernimiento. De la respuesta del bachiller no hay que decir, pues está rebosando en ella su carácter de maleante y zumbon; de manera que de los tres dialogantes se puede decir que *entre bobos anda el juego*. Lástima que no se haya fijado la atención en el humor cáustico que entraña este coloquio.

El Curioso, si no es el primero entre sus trabajos en este género, es el cuadro más acabado y perfecto de ese argumento que tantos genios explotaron, desde Boccaccio hasta Destonches. La circunstancia que refiere de hallarse el manuscrito de esta composición entre unos papeles y libros que en la venta de Sierra-Morena se había dejado un pasajero, puede dar algún fundamento para conjeturar que este suceso ocurrió á nuestro autor, cosa muy natural en el orden de vida que tuvo por muchos años en Andalucía.

¿Porqué introdujo Cervantes esta novela en el cuerpo de otra? La razon que han dado algunos críticos es, que quiso dar una muestra de estos ligeros cuentos, para ver cómo los recibia el público. Pero esta no es razon, ni era lo mas apropiado para el objeto haber dado esta muestra en un cuadro de índole tan especial como el *Quijote*. ¿Es realmente episodio del poema? Sobre esto se ha disputado mucho, yendo á consultar á Aristóteles, sin acordarse de que Cervantes manifestó en el prólogo que nada había dicho este filósofo acer-

ca de libros de caballería. La crítica de los modernos, como la del bachiller, concluye con que esta novela es *pegadiza y nada tiene que ver con la acción del Quijote*, pues como diría un niño de doctrina, Anselmo no tiene un Rocinante, ni se viste de caballero, ni deshace agravios, ni ama á una señora idea; luego la circunstancia casual, de haberse dejado el manuscrito un caminante, ni la intervencion que tienen el ventero como poseedor, el cura como lector y los demás de la compañía como oyentes, no es bastante para enlazarlo con la acción principal y constituirlo episodio. Siendo el autor en invencion tan fecundo, ¿cómo no hizo este enlace tan deseado á fin de que los retóricos se aplacasen y le llamasen episodio sin escrúpulo de conciencia literaria? Por otra parte se vé que la novela del curioso, es como una interrupcion, un descanso, un entretenimiento mientras Don Quijote duerme, para pasar las horas de la siesta. Para este propósito parece que cualquier novela debia ser buena y oportuna, y aun mas oportuna, mientras mas hiciese olvidar al lector las locuras de Don Quijote.

Sin embargo, Cervantes no puso allí otra de sus novelas, sino que nos sacó á la escena un loco. Luego en el fondo, en el espíritu es donde debemos encontrar ese enlace y analogía y tal vez hallaremos que se liga con una de las fases principales del pensamiento del poema y ligándose en es-

to, ¿qué importa que no se ligue en lo externo y visible de la acción? Anselmo, es muy cierto, no da lanzadas ni quiere resucitar la orden de caballería; pero es otro Quijote en el hecho de querer realizar un ideal imposible, atenta la condición humana y el poderío de las pasiones; es, en una palabra, otro hidalgo bajo uno de los muchos aspectos que puede revestir esa locura que busca la felicidad *absoluta*, verdadero sueño de ánimos generosos y levantados. No hay más diferencia sino que en el hidalgo el objeto de su ideal es la felicidad general, y en Anselmo la felicidad individual; es el Quijote, por decirlo así, *egoísta*; pero en cuanto á los fenómenos de la pasión y á la pintura de ella hay grande semejanza. La pasión de Don Quijote solo requiere por sugeto al hombre; la de Anselmo, al hombre en una condición especial: en la condición de marido. Pero si este círculo es más estrecho, ¿deja de ser, más universal la tendencia á este ideal en la humana naturaleza?

El problema propuesto por Anselmo es el problema de todos los maridos, solamente que Anselmo quiere resolverlo y los demás no pasan más adelante, ya porque no son demasíadamente cavilosos, ya porque no tienen los medios de intentarlo, ya en fin, porque les retrae la discreción y la experiencia de otros, y escarmientan, como suele decirse, en cabeza ajena.

Anselmo aspira al complemento de aquello en

que cree consiste la felicidad del casado, que es la certeza de la virtud de su mujer. En absoluto este es un pensamiento bueno, y aun sublime y propio de un alma elevada, para quien la duda es un tormento. ¿En qué consiste su locura? En su empeño de ponerlo en práctica. Fiado en su buen deseo, le considera de fácil logro, sin advertir que este bien absoluto, esta felicidad *paradisiaca* sin mezcla de mal ni de duda, es casi un imposible en lo mortal y humano. Le acontece lo mismo que á Don Quijote. Y parece hasta muy acertado y oportuno, que cuando un loco por un bello ideal duerme, se eclipsa por unos instantes y desaparece de la escena, aparezca y entretenga en ella la atención de los lectores otro loco por otro bello ideal, diversificando el objeto de estos, pero conservando grande analogía, así en los fenómenos que en sus almas produce la pasión, como en lo indirecto de los medios por ambos elegidos para con seguir su buen intento.

La publicación del *Quijote* debió mejorar un tanto la situación precaria del autor. Continuó este residiendo en Valladolid con su familia, pues allí recibió el anónimo en que Lope de Vega contestaba á un soneto suyo hartamente motivado por los imprudentes ataques de su émulo. La buena acogida de un libro que tanto habia echado por tierra el *Fénix de los ingenios*, debió serle una amarga píldora. Lope de Vega era felicísimo para es-

cribir dramas y comedias en verso; pero era insoportable en la prosa, y por demás pedante en haber querido inundar la literatura con *Peregrinos* y *Arcadias*. Que hubiese gran rivalidad entre estos dos ingenios, no es posible ponerlo en duda, á no pedir que se canonicen como santos. Cervantes hubiese deseado brillar entonces en el teatro frente á frente al monarca de los coliseos, como Lope hubiera deseado competir con Cervantes en su admirable manejo de la prosa y de la novela. Las tentativas que uno y otro hicieron, muestran estanooble emulacion y noble envidia. Que uno de los dos flaquease y convirtiese en bastarda esta pasion noble, tampoco es extraño. De competencias semejantes están llenas las historias de todas las literaturas y los más grandes génios no se han escapado de ofrecer tales escaramuzas. En esta flaqueó Lope, como se ha visto, por testimonio auténtico de una carta de su puño y letra, en tanto que Cervantes, como más consciente de su mérito, tuvo mas tranquilidad de espíritu. El de Lope se arrebató y llegó hasta el insulto grosero, lo que prueba que en fuerza de razon no podia vencer á su contrario. El soneto de Cervantes es gracioso, y aunque picante, contenido dentro de los limites de la decencia: es un discreto desahogo, una broma de buen género entre amigos, sin hiel, sin malévola intencion, y por eso yo no tengo inconveniente en achacárselo, contra el parecer

de muchos que le quieren arrebatarse esta composición. No así el de Lope, que revela el despecho, la exaltación de ánimo y el influjo malévolos de la envidia.

Navarrete, dice, que ni este fué de Lope, ni el que Lope recibió fué de Cervantes, sino que el usar *piés cortados*, de que fué inventor Cervantes, imitado muy luego por Andrés Pérez, hizo á los emulos achacarlo al autor del *Quijote*. La razón que aquí sirve de apoyo es cabalmente lo que destruye el edificio de la opinión de este crítico. Cervantes no fué el inventor de los versos de piés cortados, ni le imitó el autor de la *Pícara Justina*. Por consiguiente cae por su base el apoyo que trae Navarrete para negar lo que salta á la vista, pues el soneto que empieza;

«Hermano Lope,.....»

está diciendo á voces ser Cervantino; y cosa rara, no solo en la intención y en el fondo, sino en la forma, lleva la ventaja al de Lope de Vega: tal es el mal efecto de las pasiones y rencillas cuando guían la pluma, siquiera sea la pluma de un Fénix.

Ocurrió por aquel tiempo el nacimiento de Felipe IV, y como se preparasen para el bautismo grandes fiestas en la corte, que presenciaron el almirante inglés Howard con su comitiva, fué encargado Cervantes de hacer la descripción de ellas, como en efecto la hizo y salió á luz impre-

sa. Ignoramos por medio de qué patrocinio se dió esta preferencia al autor del *Quijote*, tratándose de un trabajo en que mayor habia de ser el provecho que la fama, pues no cabian galas ni dotes de ingenio en una reseña monótona por acercarse á la verdad y exactitud de los festejos y ceremonias; pero se conservan algunos ejemplares y el estilo parece ser de Cervantes. Agrégase á este parecer la indicacion que hizo Góngora en un soneto, de que al autor de *Don Quijote* se le habia encargado hacer esta crónica de las fiestas.

CAPITULO XIX.

Suceso de Ezpeleta é injusta prision de Cervantes. — Sus amores. —
Doña Isabel. — Conjeturas fundadas en pasajes auto-biográficos. —
Testos de Avellaneda y de Cervantes.

Tuvieron estas fiestas lugar por el mes de abril de 1605, y segun discreta conjetura, Cervantes comenzaba á vivir más en reposo, dedicado á las letras y en el seno de la paz doméstica. Pero la suerte adversa que nunca cesó de perseguirle, le trajo á sufrir nuevos disgustos, deventuras y atropellos. Vivía Cervantes, como se ha dicho, en Valladolid, en una casa situada cerca de la puente de madera del rio Esgueva, y en la misma habitaban otros cuartos doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Esteban de Garibay, en union con sus hijos. Una noche, la del 27 de junio de este mismo año, sucedió acaso, que un caballero navarro, por nombre Don Gaspar de Ezpeleta, se hallaba sobre la dicha puente en ocasion que llegó un hombre armado y le dijo que se alejase de allí. No hubo de hacerlo el don Gaspar: entraron en con-

testaciones, se batieron y resultó herido el dicho caballero, quien pidiendo auxilio, se acogió con gran trabajo á una de las casas vecinas. Acertó á ser esta la en que vivia Cervantes, y entre este y uno de los hijos de doña Luisa, acudieron á socorrerle y le subieron al cuarto de esta donde halló los primeros socorros y fue asistido hasta su muerte, que no se hizo esperar por ser mortal la herida, y falleció en la mañana del 29, no sin haber declarado, que su adversario peleó como bueno. Fué este un suceso, no distinto de los que tenían lugar con frecuencia en la corte, entre caballeros, y por causa de amores á lo que se cree. Quién fuese la dama que á esto dió lugar, se ignora. Algunos han dicho que era la jóven doña Isabel, hija natural de Cervantes, que vivia en su compañía. Como era consiguiente, la justicia comenzó la sumaria en averiguacion del hecho, y aunque Cervantes no tuvo otra parte que la de su héroe en todas las desdichas, que fué ayudar y socorrer al doliente y menesteroso, tuvo la desdicha de ser atropellado por el juez y preso en union con su familia. Tomáronles declaraciones, y su inocencia se mostró tan al descubierto, que á los seis dias fue puesto en libertad, igualmente que los suyos; cosa notable en aquellos tiempos en que la accion judicial no solia ser muy expedita, y que habla muy alto en favor de la absoluta inculpabilidad de los atropellados.

Recientes averiguaciones dan por resultado, que la dama en cuestion era mujer de un escribano de punta en Valladolid, y dicho se está que para salvar la honra de un funcionario público de tantas uñas y valimiento en aquella época, no se encontró víctima mas á propósito que el noble caballero que acudió á socorrer á un herido. No en balde cuando ocurre una desgracia huyen los hidalgos españoles á todo correr por no verse envueltos como testigos en las causas criminales.

Este incidente nos servirá para apuntar alguna cosa acerca de otro asunto que solo por incidencia deberíamos tratar. Este es los amores que se supone tuvo Cervantes con una dama, de la cual hubo una hija llamada Isabel que llevó consigo y crió y educó en su casa, siendo ésta, segun opinion, la jóven que con este nombre declara en Valladolid en el incidente de Ezpeleta. En aquella ocasion aparece tener veinte años, y se dice hija natural de Cervantes. Navarrete y otros escritores la han supuesto fruto de relaciones de nuestro escritor con una dama portuguesa, porque haciendo á su gusto cómputo de la edad de la jóven, colocan á Cervantes en Lusitania al tiempo del nacimiento de la niña, y naturalmente, en Portugal es probable que sean las damas portuguesas.

Sin dificultad admitimos, no uno sino infinitos episodios de amores en la vida de nuestro escritor soldado. Marte y Apolo siempre fueron satélites

de Vénus. Cervantes, de natural desenfado y gallarda disposicion no deberia sacar de sus quicios la general costumbre de los caballeros de su tiempo sumisos siervos de la belleza. Por otra parte, él mismo dice que todos los poetas son enamorados y siéndolo él y habiéndonos pintado el amor bajo tantas fases y naturalezas, bien pudiera ser que hablase por esperiencia de esta escuela, y que hubiese recorrido sus grados todos, desde el sublime platónico que fotografió, hasta el ínfimo que califica de amorosa pestilencia. Se ha dicho que en Argel tuvo amores con esa Zoraida que introduce en la historia del cautivo, y que fruto de ellos fue la doña Isabel, dicha hija natural. Sospéchase por otros, que la madre, persona de distincion, profesó tambien, andando el tiempo, en el mismo convento de las Trinitarias donde la referida Isabel habia tomado el velo; y no falta quien crea, que la mujer que mas amó, dejó el mundo y sus vanidades por el seguro asilo del monasterio de Santa Paula. Segun se vé por lo discorde y por lo vago del fundamento de estas conjeturas, no han tenido punto seguro á qué atenerse, y con igual crédito podrian fraguarse infinitas presunciones de este género. Pero, ¿es que realmente no lo hay? ¿Es que Cervantes quiso encerrar en profundo secreto la historia de su razon? ¿No existe en sus obras la menor indicacion, la más leve alusion á estas aventuras? En realidad